

REVISTA

# PRISMĀ

LITERATURA JUVENIL Y FANTÁSTICA

NÚM.2 JULIO 2022



# CONTENIDO

5

**EDITORIAL**

9

**LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL  
RAGNARÖK**

19

**ENVUELTA EN LLAMAS**

33

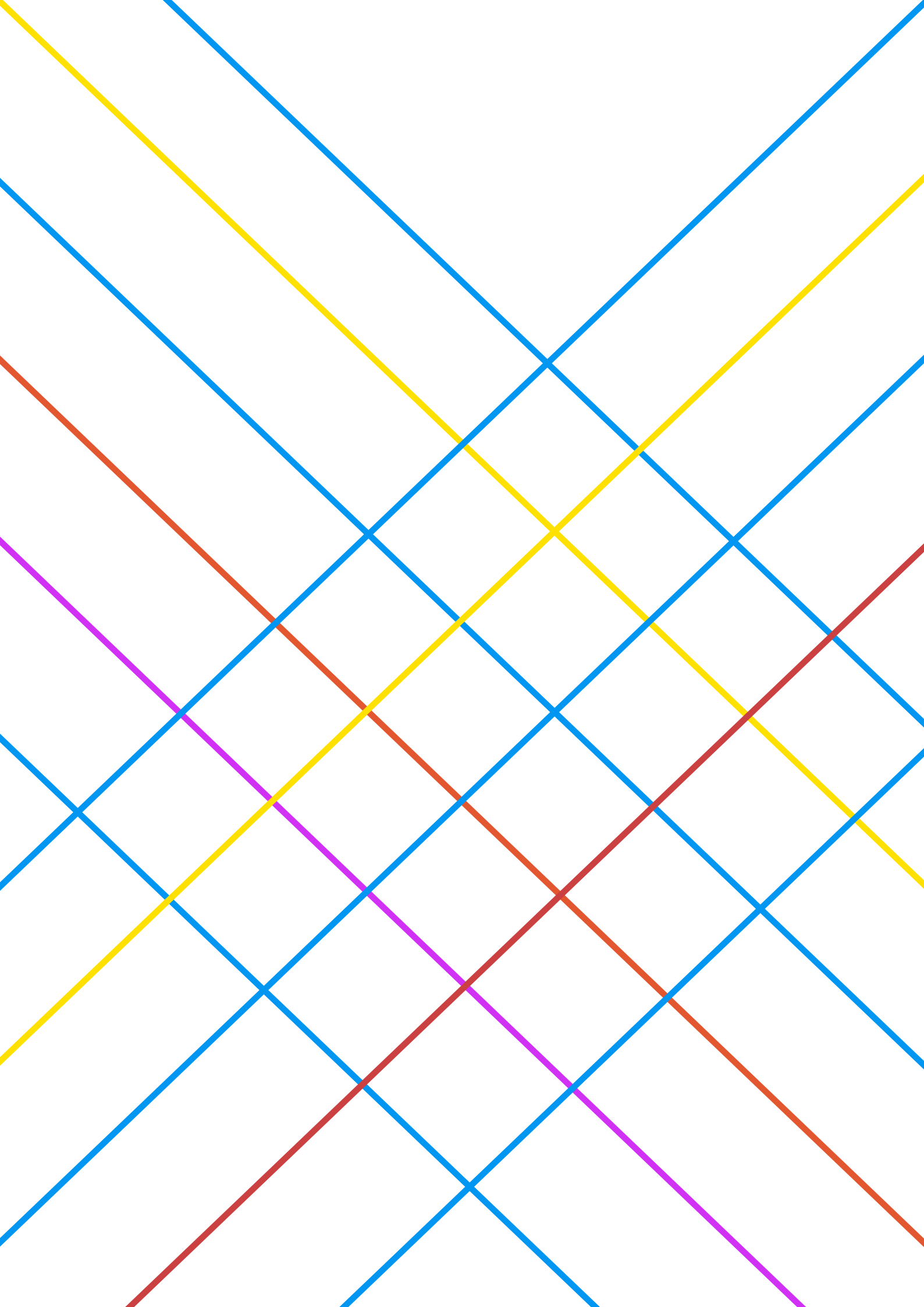
**LAS MADRES DEL ABISMO**

45

**ORWIN LLAMADOR DE  
TORMENTAS**

54

**ENTREVISTA**





REVISTA PRISMA

# EDITORIAL

CONSEJO EDITORIAL MARLI BROSGEN

# APARIENCIA Y PREJUICIOS

NÚMERO 2, JULIO 2022

## PRISMA, MÁS ALLÁ DE LA FANTASÍA Y LA FICCIÓN

Una de las críticas que se le hace al género, desde la mal llamada “literatura seria” o incluso desde la academia, es que se trata, sin lugar a dudas, un campo escapista y de mero entretenimiento en el que no cabe la reflexión, la transmisión de valores o siquiera la calidad literaria. Y a la literatura juvenil le han venido a recriminar exactamente lo mismo.

Esto es, nosotros bien lo sabemos, un prejuicio absurdo.

Desde Prisma sabemos que en parte toda literatura tiene un porcentaje de evasión y esparcimiento, al igual que todo otro medio cultural de base narrativa. Pero esto no es óbice para que, además de entretener y dar cierto consuelo al alma soñadora de los lectores, especialmente de los más jóvenes, estos géneros no puedan estar llenos de buenas reflexiones y vehicular valores e inquietudes con las que la masa social se pueda y deba identificar.

Los prejuicios no son sino una de las maneras que tenemos como sociedad de jugar a un juego de apariencias. Si escribes ciertas cosas, eres de cierta manera. Si tienes cierto color de pelo o de piel, se te estigmatiza de una manera o de otra. Si te identificas con un género, con una identidad concreta o tienes cierta orientación afectivo-sexual, sufrirás una serie de opresiones basadas en estereotipos. Y así con todas las cuestiones que generen subgrupos sociales. Es un eterno juego de apariencias que afecta a todo el entramado de nuestra sociedad y al que estamos más que dispuestos a plantar cara. Y una forma magnífica de hacerlo, especialmente con el público más joven, pero también con los adultos, es desde la reflexión que se puede hacer desde el fantástico, que transporta las problemáticas que más duelen a terrenos inexplorados y, aislándolas de aquellas cosas que hemos considerado siempre más sensibles, nos permiten examinarlas desde ángulos que de otra manera no habrían sido posibles.

Por todo ello, desde la Fundación Marli Brosgen en colaboración con otras entidades, plataformas y grupos de acción en múltiples partes del año queremos que la gente se dé cuenta de lo enorme e importante que es,

en realidad, la ciencia ficción, la literatura fantástica y el conjunto de la producción narrativa en Español. No sólo por su capacidad de abrir las mentes a nuevos mundos y nuevas sensibilidades, sino porque nos da pie a una reflexión profunda sobre nuestro devenir como sociedad y, sobre todo, hacia dónde nos lleva. Y, en el probable caso de que algunas de las vías posibles no nos gusten, también permite que luchemos para cambiarlo. Porque esa es una de las fuerzas inherentes de los sectores culturales, somos la voz y el vehículo del cambio.

Por eso en este número hacemos especial hincapié en cosas que no son lo que parecen, personas que han sufrido y sufren prejuicios y situaciones que distan mucho de ser ideales. Tenemos relatos de personas que se ocultan, personas que se buscan y personas que reclaman que son más de lo que otros han decidido que son. En este número hay bastantes engaños y autoengaños, pero también bastantes claves para el autodescubrimiento, que es un paso que consideramos necesario para seguir caminando y evolucionando como sociedad y como individuos. Un paso imprescindible para ejercer el pensamiento crítico respecto a nuestras convicciones y las dinámicas que hemos asumido como propias y hemos heredado de un pasado que no fue tan bueno como quieren hacernos creer.

Nos sentimos muy agradecidos de seguir caminando junto a vosotros, de acercarnos al cierre de un ciclo y al principio de otro, vislumbrando ya el cumplimiento de nuestro primer año de vida. Y, sobre todo, agradecidos de haber podido soñar, dar voz, volar, dar qué pensar e integrar un panorama emergente y cambiante, pero sobre todo prometedor, dentro del género juvenil y fantástico español.

# QUEREMOS QUE SE VEA LA IMPORTANCIA DE LA CIENCIA FICCIÓN Y DE LA LITERATURA FANTÁSTICA Y DE LA NARRATIVA EN ESPAÑOL

CONSEJO EDITORIAL  
Revista Prisma  
Editorial Marli Brosgen



1



RELATO UNO

# LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL RAGNARÖK

ARANZAZU SERRANO LORENZO

**ARANZAZU SERRANO LORENZO (MADRID, 1975)**  
ES PERIODISTA Y ESCRITORA DE LITERATURA  
FANTÁSTICA, AUTORA DE *NEIMHAIM* (PLAZA&JANES  
- PENGUIN RANDOM HOUSE), UNA DE LAS SAGAS  
DE FANTASÍA ESPAÑOLA DE MAYOR ÉXITO EN LA  
ACTUALIDAD, FINALISTA DE LOS PREMIOS IGNOTUS,  
LOS PREMIOS KELVIN Y LOS PREMIOS ESFS (EUROPEAN  
SCIENCE FICTION AWARDS) Y ACTUALMENTE EN SU  
NOVENA EDICIÓN. TAMBIÉN HA PUBLICADO CON RBA  
CINCO NOVELAS CORTAS SOBRE LOKI, TRADUCIDAS  
AL FRANCÉS, ITALIANO, CHECO Y POLACO, Y OTRAS  
DOS SOBRE EL PERSONAJE DE MORGANA.



¡HAZ CLIC EN LOS ICONOS PARA SEGUIR A LA AUTORA  
DE ESTA HISTORIA EN REDES SOCIALES!



**E**l viaje había sido eterno, bajo el temporal de nieve. Simit cayó de bruces al suelo y la nieve que cubría su manto se esparció sobre sus manos, agarradas como sarmientos por la congelación. Su cuerpo se hallaba débil y enflaquecido, incapaz de contener un violento temblor, sus dientes entrechocaban de forma incontrolable. Se sentía incapaz de levantar la mirada del suelo apisonado, pero no se debía al frío ni a su lamentable estado. En el interior de la gran casa señorial de Vestvå, las miradas eran puñales.

Todos los reunidos bajo aquel techo eran fieles seguidores de los aesir; se decía que el *jarl* de Vestvå conservaba intactas las viejas costumbres, incluyendo sacrificios humanos que conducía y ejecutaba en persona. Simit se preguntó si los ojos de aquel gran señor solo veían carne fresca cuando miraban en su dirección; seguramente, valoraba si sería una ofrenda decente para sus dioses. Sus risas encogían el alma.

«Sin duda, no sería gran cosa como tributo para ninguna clase de dios», intentó convencerse Simit. La vida de esclavitud no le había permitido crecer demasiado. Era milagroso que no hubiera perecido por el camino.

Hacía tres años que no conocían el verano. Tres inviernos sucesivos de oscuridad y de muerte. Y, sin embargo, en el interior de la grandiosa morada del *jarl* de Vestvå, nada parecía presagiar el fin del mundo. Los muros de piedra y turba eran tan gruesos que les protegían de toda inclemencia, ni tan siquiera se percibía el enloquecedor silbido de la tormenta que pugnaba por arrebatar el oído y la cordura a cualquier viajero. Simit jamás había visto una casa tan enorme ni un salón tan extenso, libre de columnas que sostuvieran el gran techo. Todo un ejército se hallaba reunido bajo las robustas vigas. Se respiraba esplendor. En comparación, la morada de su señor Kollgrim, donde había vivido desde su niñez, parecía una porqueriza.

Había escuchado toda clase de alabanzas hacia la casa de Vestvå, que llevaba en pie cien generaciones y soportaría el azote de muchos inviernos más. Más allá del círculo de luz y calor que arrojaba el fuego central de la estancia, brillos metálicos brindaban al recién llegado un siniestro saludo desde las sombras. Simit alcanzó a vislumbrar una formidable colección de armas y escudos listos para ser empuñados. Aquella exhibición bélica, junto con el terrorífico cráneo de dragón que coronaba la entrada, ofrecía un recibimiento poco halagüeño.

Por si fuera poco, su llegada no podía haber sucedido en un momento más inoportuno: el *jarl* agasajaba a los suyos con un banquete cuyo motivo ignoraba, y estaban dando cuenta del contenido de un gran caldero que bullía en sobre las ascuas del hogar. Su maltrecho estómago protestó ante el olor de la sopa de salmón en su grasa. En otras circunstancias habría suplicado por llevar a sus labios un sorbo de aquel caldo, pero ahora sus tripas estaban anudadas por la tensión. Solo podía pensar en el mensaje.

Tragó saliva y reunió el escaso valor que le quedaba para alzar sus ojos hacia Odvar Kennum, gran señor del archipiélago occidental, ante el que había caído de forma poco honrosa.

Contaban que por las venas de Odvar corría la sangre inmortal de Forseti, dador de justicia y soberano de la verdad. Con tal excelso linaje, Simit había imaginado a un hombre de enorme talla y barba indomable, de brazos acostumbrados a blandir hachas, envuelto en pieles de lobo. Por eso resultaba desconcertante, y también un alivio, comprobar cuánto se había equivocado: se encontraba ante un hombre refinado, aseado con evidentes muestras de pulcritud. Su cabeza rubia estaba casi rasurada y su barba recortada con elegancia, la misma que exhibían los ricos paños de colores de su atavío. Era mayor, pero no tanto como le habían descrito. Desde su asiento elevado parecía alto, pero de talle espigado; sus maneras revelaban que no había perdido el ímpetu de la juventud. En su mano derecha sostenía una liviana copa cristalina, la primera que Simit había visto en su vida, rellena de algún licor ambarino. Odvar lo degustó con cautela mientras evaluaba a la criatura que había salido de la tormenta.

—Una manta seca y aguamiel caliente para el recién llegado —ordenó, sin apartar la vista.

Era un hombre sagaz, de eso no le cabía duda. Simit se preguntó si habría heredado de Forseti el poder para distinguir la verdad. Ante la mentira, no dudaría en ejecutar un castigo ejemplar, eso también lo advirtió, sin perder de vista la espada que colgaba de su cinturón. Pese al miedo, agradeció infinitamente la hospitalidad de su anfitrión, la confortable manta y el alivio de la bebida ardiente calentando sus entrañas.

—Adelante, habla —le ordenó su mujer, a su lado. Sentada a la misma altura, Åshild, señora de aquellas tierras, mantenía la misma dignidad que su esposo, y su misma voz de mando.

Engalanada con discos de oro y collares de cuentas de vivos colores, la dama del archipiélago mostraba su

alto rango y también su actitud altiva. De Åshild había oído decir que era como un águila dispuesta a caer sobre un incauto con garras afiladas. Sin embargo, no había hostilidad en ella ahora, sino más bien curiosidad, según delataba una media sonrisa.

Simit tragó saliva y habló. Sus primeras palabras fueron un gemido agudo y balbuceante. Todo el salón estalló en carcajadas.

Armándose de valor, Simit aguantó las burlas tal y como había sufrido el azote de la ventisca de camino hasta allí, deseando llegar lo antes posible. Cuando el silencio por fin regresó a los presentes, repitió su mensaje:

—Me envía vuestro buen amigo y aliado, el *jarl* Kollgrim, para ofreceros unos regalos.

Simit hizo a un lado su capa de viaje y les mostró el contenido del fardo que había cargado desde tan lejos: para la señora, un peine tallado en marfil de morsa, para sus tres hijos, una fíbula de plata labrada, un cinturón de cuero tachonado y una daga extranjera de extraña hoja curva. Para Odvar, el presente más preciado: una ostentosa pieza de orfebrería en forma de aspa, de oro puro y joyas engarzadas, sin duda fruto de algún saqueo a tierras sureñas.

Odvar hizo una seña a un hombre joven sentado en el banco más cercano a su sitio, de cabello rojo. Por las indicaciones que había recibido, Simit supuso que se trataba de Helgi, el mayor de los hijos del *jarl*. Helgi dejó de mala gana el caldo para recoger los presentes. Sopesó el equilibrio de la daga, se la guardó en el cinto y repartió el resto entre otros dos jóvenes que se sentaban a su lado, que debían ser sus hermanos: Tore, el mediano, silencioso pero peligroso como un lobo agazapado, y Vade, el más pequeño pero no menos peligroso de los hermanos.

—¿Qué más? —pronunció Odvar, poco impresionado—. ¿Kollgrim te hace cruzar una tempestad de nieve para entregarme estas bagatelas? No son más que un trago de aguamiel para endulzar el aceite de bacalao, ¿no es cierto? —inquirió.

Simit se inclinó de nuevo. La opresión de la sala se le hizo insoportable. Casi podía notar el halo de la verdad emanando del *jarl*, atisbando las dobleces de su mensaje. Odvar no había tardado en darse cuenta de que las buenas intenciones de su señor no eran tales. No tenía escapatoria y cerró los ojos antes de decir:

—Estoy aquí para anunciaros que el *jarl* Kollgrim ha jurado al rey servir al dios de la luz.

Hasta ese momento la casa había estado envuelta por cierto bullicio: el trajín de los cuencos de madera, conversaciones en voz baja, sirvientes que iban y venían, niños que jugaban entre los bancos abarrotados... Pero, cuando dijo aquello, un silencio terrible y pesado arrolló el gran salón, llevándose consigo cualquier amago de cordialidad y risas. El aire impregnado de aromas aceitosos y humo se hizo irrespirable. El solitario ladrido de un perro y el crepitar del fuego fue todo cuanto se escuchaba. Y también el frenético latido de su corazón, temió Simit.

Notó cómo los dedos que sostenían la lujosa copa de cristal se crispaban.

—¿Y qué más? —exigió saber Odvar, que se inclinó un poco hacia delante.

Aquel leve movimiento le hizo temer por su vida. Las sienes le palpitaban y un sudor frío le recorrió la espalda.

—El *jarl* Kollgrim os recuerda vuestra larga amistad y los pactos que sellasteis en el pasado. Os invita a dejar las viejas creencias y a uniros a él en las nuevas. Sus palabras fueron estas: «Sois el último. Los dioses antiguos han perdido su poder, ha caído el crepúsculo sobre el viejo reino de Asgard, los cielos arderán y un nuevo reino, más fuerte y más luminoso, ha de venir después».

Bajo el techo de la sede de Vestvå el tenso silencio se rompió con violencia; la indignación y la cólera se mezclaron en furiosos gritos. Hombres y mujeres libres se alzaron indignados; Vade se ofreció a cortar de un tajo la boca que había pronunciado tal injuria. Simit no pudo hacer nada por defenderse: recibió una dolorosa patada en las costillas y se encontró con un afilado acero en la garganta, dispuesto a sajarla por su osadía.

Odvar contuvo a su hijo con una sola palabra, firme como un latigazo.

El brazo de Vade temblaba por la ira. Sin duda era tan devoto como su padre, si no más. Dio un paso atrás, aunque Simit advirtió el calor de su propia sangre corriendo por su cuello, resbalando como una sierpe encarnada por el interior de su jubón. Ojalá todo quedara en eso, rogó para sus adentros.

—Aquel que toque al mensajero de Kollgrim responderá ante mí —advirtió Odvar a todos los presentes.

Después dejó a un lado su copa y se recostó en su asiento. El salón entero pareció contener la respiración mientras aguardaban las siguientes palabras del *jarl* de Vestvå. Sobre su cabeza, una corriente de aire

movió un lienzo que colgaba de la pared. En él había un dibujo encarnado, rojo como la sangre; una cabeza triangular barbuda con un cuerpo de lazos entrecruzados. Representaba a alguno de sus más importantes dioses, Odín o quizás Frey. O tal vez el propio Forseti.

Cuando Odvar Kennum habló de nuevo, lo que dijo no fue lo que muchos esperaban:

—Hablas bien nuestra lengua, pero no naciste en estas tierras, ¿no es cierto, mensajero? —inquirió—. ¿De dónde eres?, ¿y por qué estás al servicio del viejo Kollgrim?

Pocos se percataban de su leve acento, Odvar también debía haberse fijado en el descolorido jubón que ocultaba su capa de viaje, lo único que le quedaba de su antigua vida.

—Nací en las tierras de Suomi...

Vade, engrandecido, interrumpió su presentación con una carcajada y exclamó:

—Un follador de renos, ¿eso es lo que nos manda Kollgrim?

El resto le respondió con un coro de risas.

Pero Odvar no reía, ni tampoco su esposa. El señor del archipiélago levantó la mano y las risas cesaron.

—Vade, puedes retirarte a descansar —dijo Odvar, sin dar opción a réplica. El airado guerrero abandonó el salón y nadie más osó burlarse del recién llegado. Simit observó su marcha con alivio.

—¿Cómo te llamó tu madre, suomi? —le preguntó Odvar.

—Simit.

Odvar inspiró, se levantó de su asiento y dijo:

—Toma asiento entre mis hijos, Simit —declaró, pronunciando su nombre de forma impecable—, caliéntate en mi fuego y degusta nuestro caldo.

Su hijo mayor, Helgi, no aceptó de buen gusto que un escuálido mensajero ocupara el lugar de su hermano expulsado. Pero la hospitalidad imperaba y le hicieron un hueco en el banco.

—Cuando se ponga el sol, dentro de siete días, te daré mi respuesta, Simit de Suomi —anunció Odvar, antes de abandonar el salón.

Simit asintió. Viviría para ver salir el sol, al menos siete días más.



Aquella noche, Simit recibió el trato de un invitado importante: curaron sus miembros afectados por el frío y la herida de su cuello, recibió un jergón cerca del fuego para que descansara bien y comió tanto que pensó que enfermaría. No recordaba haberse

alimentado de forma tan espléndida en toda su vida.

En los días siguientes, se esforzó por eludir en todo lo posible a los tres hijos de Odvar, algo realmente difícil, ya que no dejó de nevar con fuerza en todo ese tiempo y se vieron obligados a compartir el mismo techo. El invierno se resistía a abandonar las tierras de Midgard; aun así, Simit hubiera preferido dormir a la intemperie, como solía hacer en los días en los que pastoreaba los renos junto a su padre, libres como el viento.

El humo y el olor a heno impregnaban cada rincón de aquella casa. El *jarl* disponía de más de cincuenta personas a su servicio entre sirvientes, esclavos, herreros, cocineros, curtidores, carpinteros, mozos de cuadra, hilanderas y labradores. Todos vivían bajo su techo, familias enteras se repartían en tres grandes compartimentos: la estancia común, donde estaba el telar, el taller y que también servía de dormitorio por las noches; el gran salón, y las despensas. Además, también contaba con un vasto establo, donde se resguardaban unas treinta vacas y dormían los esclavos.

Era un techo amplio, sí, y también era fácil percibir las miradas hostiles. Vade se había apresurado a decir que los suomi eran hechiceros y practicaban una magia oscura, que tenían la verga tan diminuta como la de un tejón, y que debido a eso los hombres se confundían con las mujeres y se acostaban entre sí. También afirmaba sin ruborizarse que Simit estaba allí para asesinar a su padre mientras dormía si se negaba a convertirse él y los suyos en servidores del nuevo dios. Esa clase de habladorías le resultaban muy preocupantes.

Por suerte, solo los más incautos daban crédito al hijo más fanfarrón de Odvar. Los demás sabían que los suomi eran cordiales y pacíficos, que no engañaban a nadie y que respetaban los dioses de los demás. En el archipiélago se comerciaba a menudo con ellos y cerraban buenos tratos.

Ser mensajero de otro señor garantizaba cierto respeto entre los moradores de la casa señorial de Vestvå, pero algunos no fueron tan hospitalarios. Simit soportó los agravios sin una queja, no deseaba por nada del mundo ofender a su anfitrión. Afortunadamente, al amanecer del tercer día el tiempo mejoró, el cielo agotó su carga blanca y el *jarl* envió a sus hijos fuera, a unos recados. Simit por fin pudo respirar con alivio.

Necesitaba salir de la casa y dejar atrás el aire viciado y efluvios menos nobles. Simit respiró feliz el frío del exterior y degustó la sobrecogedora belleza blanca de la isla de Vestvå.

Situada en el punto más alto de una colina, la casa señorial dominaba una tranquila bahía. En sus aguas escarchadas fondeaban un par de barcos y, bajo el grueso manto puro que lo cubría todo, Simit divisó un cobertizo junto a la orilla donde fabricaban navíos, así como un embarcadero con algunos botes pequeños, como el que le había traído hasta allí. Montañas de paredes vertiginosas envolvían todo el lugar, gigantes que se habían convertido en piedra en tiempos primigenios. Las vistas desde allí eran magníficas. Los antepasados de Odvar no podían haber escogido un lugar mejor para levantar su bastión: los vientos corrían con fuerza en la cima, pero estaba seguro de que la casa podía verse desde cualquier parte; sin duda, la hicieron para que todos pudieran admirar el poderío de su señor.

En los días siguientes, Simit colaboró en las labores de la casa junto con otros sirvientes. La actividad en la granja era una tarea que conocía bien: sacrificaron varias vacas y prepararon grandes hogueras para ahumar la carne. Nuevas naves llegaron a la bahía, rompiendo el hielo.

Simit siguió todos estos movimientos con una creciente inquietud. Cuando tenía algún rato libre, tallaba un pedazo de madera, le daba la forma de un alce mientras roía su inquietud por la respuesta que le daría Odvar.

Al quinto día, el *jarl* tomó asiento a su lado y se unió al deleite de la visión de sus dominios.

—¿Te gusta mi hogar, Simit de Suomi?

Asintió con honradez; era imposible sentirse indiferente ante aquella hermosa tierra.

—¿Cómo es tu hogar? —insistió Odvar—. Me refiero a tu lugar de nacimiento.

—Donde yo nací no hay más que suaves lomas y bosques húmedos que se congelan cuando caen las primeras nieves. Todo es así hasta donde alcanza la vista —le contestó—. El paisaje es siempre igual, no es tan altivo como aquí.

—Sí, este es un buen lugar para vivir. Los inviernos en estas islas son más suaves que en tierra firme, ¿lo sabías? Las corrientes son cálidas, nos protegen de las tormentas. La casa de mis antepasados tiene firmes pilares: se levantó hace tanto tiempo que nadie lo recuerda. Mi estirpe es la del dios Forseti, tan sagrada como mi casa. Los dioses nos protegen con su poder y nosotros correspondemos su protección con sacrificios y ofrendas. Pero no estarán ahí siempre. Fenrir está

a punto de romper sus ataduras. Cuando llegue ese momento, la Luna y el Sol serán devorados. El cuerno de Heimdall resonará con fuerza y su eco se escuchará en todos los mundos. Los héroes del Valhalla serán convocados, los dioses se enfrentarán a la Última Batalla. Y todos morirán. Ojalá pudiera estar entre ellos.

Simit asistió con asombro a la desesperación del *jarl* de Vestvå. Nunca había imaginado que pudiera albergar miedo, incertidumbre.

—¿Te perturban mis palabras, Simit de Suomi? —pronunció él, con cierta melancolía.

—No, señor —contestó con honestidad.

—¿También tú sirves al dios de la luz? —preguntó sin rodeos.

Simit negó con la cabeza, con la satisfacción de poder decir la verdad.

—En mi tierra tenemos otras creencias —reconoció.

Para su sorpresa, Odvar tomó sus manos y depositó sobre ellas un tambor de piel de reno y un hueso labrado del mismo animal.

—Toca —le ordenó.

Simit se tomó un instante antes de obedecer. Las lágrimas escapaban traicioneras de sus ojos. Trató de recuperarse con la serena visión de la bahía, quiso contagiarse de la fortaleza del viento que ascendía a las cumbres. Recuerdos de su infancia que creía olvidados regresaban hirientes a su memoria. Volvió a ver a su abuelo, que era hechicero, en aquellos días lejanos en los que la vida todavía era inocente y alegre.

Casi con veneración, Simit tomó el hueso y comenzó a tocar la piel tensada del tambor con una rítmica cadencia, tal y como su abuelo solía hacer para invocar su magia y ver lo que otros ojos mortales no podían percibir.

—En Suomi no servimos a ningún dios, conversamos con ellos —susurró Simit, dejándose llevar por el cauterizante sonido del tambor, una canción que aliviaba las heridas más profundas—. Para nosotros todo en el mundo tiene su propio espíritu: cada criatura viviente, cada planta, también las rocas, el río o el viento. Vivimos en armonía con lo que nos rodea porque estamos unidos por un estrecho lazo, invisible pero imposible de romper. Nuestros hechiceros entran en el mundo de los espíritus y se comunican con ellos a través de una canción mágica de su tambor, el *jojk*. Mi abuelo era hechicero.

—Son creencias hermosas —admitió el señor de Vestvå—. Conocí a otros pastores de renos cuando

era joven, intercambié cuchillos y pieles con ellos. Pero Kollgrim no es tan indulgente con tu pueblo, ¿no es cierto?

Simit guardó silencio. No convenía hablar mal de un amo en presencia de otro. Le devolvió el tambor y el hueso, y Odvar sonrió.

—Sois buenos artesanos, trabajáis con belleza el hueso y el cuero. Y vuestras pieles de reno nos sirven bien. En una ocasión uno de los tuyos me regaló algo extraño, que había traído un comerciante de tierras del este, en pago por sus pieles. Observa bien, Simit.

Le mostró algo que llevaba entre sus ropas, a modo de amuleto. Era una pequeña talla de marfil, la figura de un hombre apaciblemente sentado, de largos lóbulos en las orejas y extraño peinado. Simit notó su magia protectora enseguida, emanaba una intensa sensación de paz, algo que no parecía encajar mucho con el modo de vida del norte.

—Lo llevo siempre conmigo. Me da suerte y la necesitare pronto —le confesó el señor del archipiélago—. ¿Has venido a matarme, Simit de Suomi?

La pregunta fue tan franca que le arrebató la respiración.

—Por supuesto que no, señor —se apresuró a contestar.

—Eso está bien —observó Odvar—. Porque las gentes de Suomi nunca mienten, ¿verdad?

Se guardó la estatuilla y se despidió.

—Esta noche te daré mi respuesta para Kollgrim.

«¿Esta noche?», se dijo Simit con incredulidad. «¡Pero si solo han pasado cinco días!».



Aquella tarde, rozando el atardecer, los hijos de Odvar regresaron. Estaban cansados y atenazados por el frío. Fueron recibidos con carne asada, cenaron en compañía de su familia y después se retiraron a dormir temprano.

Todos, excepto el señor de Vestvå.

Buscó de forma premeditada la compañía de Simit cuando nadie más quedaba en el gran salón. Se sentó en silencio a su lado, en el banco, miró un largo rato los rescoldos del hogar y luego deshizo un pequeño fardo de cuero que llevaba consigo. Dentro había un precioso brazalete de oro enjoyado. A lo largo de su superficie habían sido grabadas extrañas incisiones. Simit no conocía esa escritura, tan extraña como enigmática.

—Son runas, una lengua sagrada que invoca propiedades mágicas. ¿Sabes lo que significan? —inquirió

Odvar, mientras acariciaba las muescas—. Aquí dice: «El Padre de Todos, Señor de la Batalla, nos observa con agrado desde el Hlidskjalf. Ojalá nos regale una buena muerte».

Permaneció en silencio un instante, como meditando sobre aquella plegaria, y luego le dijo:

—Esto es para Kollgrim. Mandé fundir su regalo y uno de mis mejores herreros lo ha convertido en algo más agradable a la vista.

Envolvió de nuevo el brazalete y lo depositó entre sus manos.

—Puedes decir a tu señor que haga lo mismo con su dios de la luz. Esa es mi respuesta.

Simit no fue capaz de moverse hasta mucho después de que Odvar le hubiera dejado. Las últimas brasas arrojaban una luz tétrica sobre la amplia estancia. Espadas, hachas y lanzas observaban vigilantes desde los muros.

Simit apartó el brazalete lejos de sus manos. Un frío glacial le recorría la espalda. Tenía el estómago revuelto, pero trató de mantener la mente fría. Había llegado el momento más temido. Se puso en pie y se dispuso a cumplir la segunda parte del mandato de su amo:

«Si Odvar rechaza mi ofrecimiento, le arrebatarás su bien más preciado: un objeto mágico que fue entregado por Forseti a su linaje y protege a cada generación, su sello de oro».

Esa había sido la escueta explicación de Kollgrim. Simit en realidad no tenía mucha idea de lo que debía buscar ni dónde. Tan solo le habían explicado que el sello era una fina lámina dorada del tamaño de un pulgar.

Le habían sugerido que podía estar cerca de su sitio, para extender su poder a aquel que ostentaba el mando.

Simit se aproximó al asiento elevado sin atreverse a tocarlo. Observó los destellos que el fuego desprendía de la madera labrada. Levantó su mano, pero sus dedos temblaron, sabiendo que iba a profanar un objeto sagrado. Violar la hospitalidad recibida por el *jarl* de Vestvå y robarle suponía una terrible traición. En verdad, Simit no le debía nada, y sin embargo sentía una inexplicable lealtad hacia él, tan fuerte que comprendió que no sería capaz de obedecer el mandato de su amo, aunque aquello le trajera la muerte.

Cayó de rodillas ante el sitio y lloró como una criatura de pecho. No quería morir, pero la muerte se le antojaba

más llevadera que la misión que debía cumplir.

—No eres ningún mensajero de Kollgrim, ¿no es cierto?

La voz de Åshild le produjo un sobresalto. Simit se puso en pie mientras la esposa de Odvar salía de las sombras como un espíritu, se acercaba a su lado y secaba sus lágrimas.

—Por todos es conocida la inclinación de Kollgrim por esclavizar a las gentes de Suomi. ¿Por qué te privó de libertad? ¿Tu padre se negó a pagar sus impuestos?

Simit no quería hablar de ello, pero los ojos azules de la señora de Vestvå eran penetrantes, y supo lo que hacía de ella una verdadera señora. Ya no había marcha atrás. Más lágrimas escaparon de sus ojos. Y la confesión brotó de su boca como un manantial.

Simit habló de su padre, un pastor de renos bueno y honesto que vendía pieles. Siempre le acompañó en sus viajes, desde muy corta edad. Solo tenía ocho inviernos cuando, en una de sus visitas al *jarl* Kollgrim, este declaró que su padre le había engañado. Uno de sus hombres le abrió el corazón con su hacha antes de que pudiera decir una palabra en su defensa, y se quedaron con todo cuanto había traído en pago por la deuda. Así comenzó su esclavitud.

Habían pasado cinco inviernos desde entonces. Simit había recibido un trato peor que cualquiera de sus perros, malviviendo sin lo más preciado para un suomi: su libertad. No volvió a saber nada de su familia y era probable que tampoco ellos supieran que su padre había muerto.

Según los inviernos se sucedían, Kollgrim empezó a tener miedo. La oscuridad y el frío no cesaban, de nada le servían sus rezos al dios de la luz. Como tantos otros, se dio cuenta de que había llegado el fin de los tiempos. En su desesperación, estaba convencido de que, si el último gran señor renunciaba a sus dioses y se aferraba a la nueva luz, su dios intercedería por sus siervos y desterraría para siempre las tinieblas. Si no conseguía ese propósito, entonces quería la protección que Odvar tenía para sí, sus sellos sagrados. Por eso le ofreció una promesa a Simit: volvería a ser libre si le traía los sellos sagrados de Vestvå.

La señora del archipiélago escuchó su relato en silencio. Su semblante se ensombreció a la tenue luz de los rescoldos. Simit asumió que aquella revelación era su sentencia de muerte, pero sentía un alivio extraño. No le importaba tanto morir si había de hacerlo a manos de los únicos de los que había recibido un trato digno.

—Maldito Kollgrim —susurró Åshild.

Se dirigió al sitial y descansó sobre su asiento, como si fuera la última vez que hacía algo así. Entonces soltó una risa, una carcajada amarga, carente de alegría, que le puso los pelos de punta.

—Los sellos sagrados —musitó—. Nadie sabe dónde están, tampoco mi esposo; ni siquiera estoy segura de que existan. Su abuelo juraba que fueron enterrados en la base de cada uno de los pilares de esta casa para darles fuerza y, por lo que sé, incluso podría haber alguno debajo de este mismo sitial.

Permaneció un rato cavilando en sus pensamientos y luego alzó la vista como si acabara de despertar de un sueño profundo.

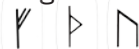
—Mi esposo conoce bien la ambición de Kollgrim hacia estas tierras, tiene ojos y oídos en su casa desde hace muchos años. Pero sintió curiosidad por ti, por eso te ha dejado con vida pese a que mis hijos te hubieran sacado las entrañas el primer día. Odvar sabe demasiado bien que el final se acerca. Nuestro enemigo es más formidable que el más poderoso ejército, lo devora y lo envenena todo, como la serpiente que roe las raíces del Árbol-Mundo. Todo lo que se oponga a ese enemigo arderá en el fuego, y por eso Odvar ha tomado una decisión: dejar el hogar de sus antepasados. Los barcos ya están preparados. Nos marchamos a una gran isla mar adentro, hacia el oeste, en aguas boreales, allí estaremos a salvo. Y puedo garantizarte algo, Simit de Suomi: mi señor nunca permitirá que esos sellos ni esta casa caigan en manos de Kollgrim.

La sinceridad de sus palabras le produjo un escalofrío, y más ganas de llorar.

—No llores, criatura, tu destino ya estaba sentenciado, ¿no lo sabes? Kollgrim jamás te habría concedido la libertad. Sea como fuere, este era un viaje sin retorno para ti.

Finalmente, Åshild se levantó de su asiento y Simit cayó de rodillas y tembló, sabiendo que había llegado el momento. Una inesperada paz le llenó en ese momento. Pronto su espíritu se reuniría con el de sus parientes.

Cuando notó la cálida mano de la mujer sobre su hombro se le escapó un gemido de miedo.



Un sol sangriento incendiaba el horizonte la mañana en la que Odvar Kennum y los suyos abandonaron la isla de Vestvå. El humo llenaba la bahía. Enormes llamas lamían la gran casa señorial, convertida en una



gigantesca antorcha. Las chispas y pavesas alcanzaban el cielo rojo. Poco a poco, todo quedaba reducido a cenizas.

Simit se aferró al mástil de la embarcación, le sorprendía la serenidad de aquel que hasta ahora había sido el señor de aquellas tierras. Había destruido el hogar de sus antepasados y sacrificaba todo su legado para preservar lo que más le importaba: su familia y sus creencias. Su mujer le ofrecía todo el consuelo posible pese a su propio dolor. Sus tres hijos bravos tenían los ojos puestos en lontananza.

—Así arde el mundo, Simit —dijo Odvar, llamándole a su lado—. Y, sin embargo, el final no es más que el principio de algo nuevo. Nos aguarda una nueva tierra, los cereales nacerán en campos que nunca antes fueron sembrados. Así será para nosotros. Este final solo es el comienzo.

Simit vio la triste verdad de sus palabras.

—A ti también te aguarda una nueva vida —en un gesto inesperado, Odvar le tomó la mano. Había afecto sincero en su tacto, como el que otorgaría a una hija—. Tienes un corazón bueno y sincero, Simit de Suomi, y me alegra ver que el viejo Kollgrim no ha quebrado tu alma ni ha dañado tu coraje. Serás libre a mi lado. Nadie volverá a encadenarte. Y no tendrás que vestir ropas de varón si no lo deseas.

Simit intentó excusarse, pero el *jarl* se lo impidió:

—Puedo imaginar tus razones, viviendo bajo el techo de Kollgrim. Una esclava hubiera padecido sufrimientos más hondos de lo que conociste disfrazada de muchacho. Fuiste muy valiente —añadió Odvar, y sonrió al ver su azoramiento—. Reconozco que no supe ver la verdad en eso, pero nada escapa a los sagaces ojos de mi esposa. Ella siempre ha deseado una hija. Si la aceptas, crecerás como la mujer que mereces ser.

Para Odvar Kennum, el último de una gran estirpe de grandes señores de Midgard, aquel viaje era el Ragnarök, el final de una era.

Para la joven suomi Simit, hija de un pastor de renos, nieta de un hechicero y liberada de la esclavitud, todo acababa de empezar.




2

R E L A T O   D O S

# ENVUELTA EN LLAMAS

JAVIER MARÍN



**JAVIER MARÍN (MÁLAGA, 1992). AFICIONADO A LA FANTASÍA Y LA CIENCIA FICCIÓN EN CUALQUIER FORMATO. ENTRÓ EN LA ESCUELA DE NARRATIVA CAJA DE LETRAS CON EL OBJETIVO DE APRENDER CÓMO FUNCIONAN LAS HISTORIAS Y PODER DESARROLLAR SUS PROPIAS IDEAS. ACTUALMENTE SE ENCUENTRA ORGANIZANDO SU PRIMERA NOVELA.**



**¡HAZ CLIC EN LOS ICONOS PARA SEGUIR AL AUTOR DE ESTA HISTORIA EN REDES SOCIALES!**

**W**isteria salió de la posada intentando deducir quién la mataría antes. Tardó demasiado en elegir vestido y aún más en pintarse el rostro con harina humedecida y los ojos con hollín. Corrió por la nieve, donde las botas de tacón alto no emitían ese sonido que tanto le gustaba, con un abrigo ancho que le cubría hasta las rodillas y de cuyas mangas sobresalían los dedos de uñas largas. En unas horas consiguió que los vecinos hablasen de ella y se asomaran por las ventanas al verla pasar. Estaba preciosa, se sentía radiante. Sonreía de puro placer, sin necesidad de obligarse a ello, preparada ante cualquier obstáculo. Reya fue la primera en verla llegar. Puso las manos en las caderas y negó con la cabeza. Wisteria se encogió de hombros y le pidió perdón con una sonrisa.

—Llegas tarde —dijo su maestra.

—No encontraba mi maquillaje.

Krys se encontraba sentada en una piedra con la mano derecha en llamas, observando las lenguas de fuego agitarse alrededor de sus dedos. Formó un puño al instante y las llamas se desvanecieron en un humo fino que ascendió movido por el viento. Krys miró a Wisteria con el ceño fruncido, molesta por la espera. Últimamente tenía un humor de perros, y cualquier cosa le fastidiaba. Podría aprender algo de Gálaban, su otro compañero. Al chico solo le interesaba el dinero, y su humor dependía de las ganancias o pérdidas en el negocio.

—Pues ahora que estamos todos, vamos a empezar —dijo Reya con cierto reproche.

Los tres discípulos formaron frente a ella para escucharla. Llevaban un año practicando magia y, a excepción de Krys, aún no habían dominado el hechizo más básico: la bola de fuego. Reya, antigua heroína de renombre junto a sus compañeros, usó sus contactos para que le permitieran realizar la prueba en ese pueblo.

—He colocado treinta antorchas en tres grupos de diez marcadas con rojo, morado y azul. Repartidlas como queráis. El objetivo es encenderlas con vuestro fuego y volver aquí en el menor tiempo posible. No habrá recompensa para el primero que llegue, solo la satisfacción grupal del trabajo bien hecho y una lección de por vida.

Krys entrecerró los ojos y bajó la cabeza. La chica sonreía como si ya hubiera ganado.

—El rojo es mío —susurró.

—Para mí el morado —dijo Wisteria.

—¡Ah, casi se me olvida! —Reya señaló a Gálaban—. Dame tus cosas. No se permiten objetos mágicos en la prueba. Tendréis que usar lo que habéis aprendido durante este año para superarla.

Gálaban chasqueó la lengua y le entregó a Reya el fardo alargado que cargaba en la espalda y el grimorio desechable del que nunca se separaba. Giró para volver a su sitio cuando Reya lo detuvo y comenzó a cachearle. Gálaban puso los ojos en blanco hasta que Reya dio con algo. Sacó del bolsillo una hoja arrancada del grimorio desechable y la abrió con cuidado de no tocar las letras. QUEMAR, rezaba el título del texto.

—No sé qué hacía eso ahí —dijo Gálaban rápidamente—. Lo guardaría hace unos días y se me olvidó sacarlo. No iba a usarlo, te lo juro. Ni siquiera sirve para prender fuego.

Reya le ordenó que volviera a su sitio, harta de sus excusas. Puede que fuera una simple prueba, pero la competencia de Krys pronto contagió a sus compañeros. Wisteria quería ganarle, pues no soportaría perder ante la mirada de todos. Pretendía brillar y no lo lograría perdiendo ante ella. Se quitó el abrigo y lo lanzó con el resto de las cosas, donde no tocara la nieve. Lucía un vestido corto por delante y largo por detrás que dejaba ver parte de sus piernas desnudas. Iba a pasar frío, pero pronto entraría en calor. Reya alzó la mano a la altura del pecho y dio la señal de inicio.

Los tres corrieron en distintas direcciones. Wisteria atrajo la mirada de varias personas al cruzar una calle. La falda del vestido ondeaba detrás, al igual que su melena rosa de mechadas blancas. Vio una antorcha apagada entre dos adoquines de una pared, a varios metros del suelo y marcada con pintura roja. Una bola de fuego apareció surcando el aire con un siseo violento y la golpeó, esparciendo chispas a su alrededor y prendiéndola. La luz del fuego se fundió con el naranja del atardecer. Krys pasó corriendo de una calle a otra, su mano aún humeante. La rabia le arrancó un gruñido a Wisteria y aceleró el paso. Pronto encontró una antorcha marcada de morado a la altura de su cabeza. Alejó la mano del cuerpo y las llamas aparecieron con un fregonazo. La piel, antes blanca, se transformó en una garra ígnea de extremos puntiagudos. El fuego se concentraba en la forma de sus dedos y uñas sin

alejarse mucho de ella. Tocó la antorcha y la prendió al instante. La calidez que desprendía el fuego en su mano no tenía nada que ver con el fuego abrasador que apareció en la antorcha. Ya no le pertenecía, no se alimentaba de su magia. Si apagaba su mano en ese momento, perdería toda defensa, y el fuego la quemaría.

Siguió buscando antorchas ante las miradas de los ciudadanos. Los que no estaban acostumbrados a ver la magia se asombraban con facilidad, en especial los niños, cuyos rostros brillaban de ilusión. Encontró la siguiente antorcha en una torre de la iglesia, casi al final de esta. Wisteria no tenía forma de tocarla y eso solo le dejaba una opción. Encendió su mano y apuntó hacia la antorcha. Debía encenderla disparando, y no sabía hacerlo. Un año de entrenamiento en la magia no fue suficiente. Nunca logró que el fuego abandonase su mano, sin importar las indicaciones de Reya o las ganas que le pusiera. Todos los presentes la miraban, expectantes por ver el próximo movimiento. Llenó los pulmones de aire frío y tensó todo el cuerpo. En su mente solo existía la visualización de sí misma disparando como lo hacía Reya o Krys, pero no lo conseguía. Alejó toda idea de hacer el ridículo, hasta que alguien susurró a su espalda, y la inseguridad la atacó. El brazo le pesó un poco más y el fuego se hizo menos intenso. Fue entonces cuando escuchó los gritos.

Una columna de humo ascendió a poca distancia. Wisteria corrió hacia allí siguiendo a todos los demás. Al parecer, unos niños habían incendiado el heno colgado fuera del establo donde los caballos atados comían. Los vecinos trabajaron codo con codo y consiguieron apagarlo. Uno de los niños, al que señalaban como culpable, lloraba en los brazos de su madre.

—¿Qué ha pasado?— preguntó Reya al llegar con Krys.

—Pregúntale a él— dijo una mujer tirando un cubo vacío a los pies de Gálaban—. Le pagó a estos niños para que encendieran vuestras malditas antorchas.

Reya miró a Gálaban con furia asesina.

—No, espera. —Gálaban alzó las manos—. Les dije que...

—¡Basta! —le cortó Reya—. Este no era el mejor día para exigirnos un mínimo de competencia a ninguno. Lo habéis hecho todo mal. La prueba queda anulada, ya podéis ir a la posada. —Y se marchó la primera después de tirar el fardo, el grimorio desechable y el abrigo a la nieve.

—Pero qué inútil eres, Gálaban —dijo Krys—. Me

quedaba una sola antorcha para terminar y lo has fastidiado todo.

Wisteria se quedó con Gálaban. El chico parecía arrepentido por lo que había hecho y más preocupado del niño que sollozaba que de sí mismo, a pesar del odio en las miradas de los vecinos. Un hombre se acercó preocupado al niño que lloraba y miró a Gálaban cuando la mujer lo señaló. Ese hombre avanzó a zancadas, con los puños apretados y los ojos bien abiertos.

—Vete de aquí, Wist —dijo Gálaban.

—No.

El hombre cogió del cuello a Gálaban, el cual no hizo nada por impedirlo, y alzó el puño. Wisteria fue a meterse entre ambos para separarlos cuando vio algo volar hacia ellos: el fardo alargado. Consiguió atraparlo en el aire con ambos brazos y escuchó el tintineo del metal en su interior. El hombre dio un salto hacia atrás al comprender que aquella cosa que se agitaba en los brazos de Wisteria iba a por él. Gálaban se hizo con el fardo y lo tiró al suelo echando todo su peso encima hasta que los movimientos se calmaron. Los miraron con horror y asco antes de dejarlos solos en la nieve. Gálaban bajó la mirada al fardo y soltó una risa nerviosa.

—Vale, ahora ya sé que estas cosas me protegerán aun cuando quiera que me peguen.

## 2

Wisteria miró su rostro en el espejo a la luz de las velas casi consumidas. La cera derretida iba cubriendo la mesa poco a poco, quitándole espacio para sus cosas. La gran mayoría eran pigmentos y pinturas que usaba de maquillaje, como el ocre rojo para las mejillas o las semillas de diferentes frutos para los labios. También tenía peines y pinceles de varios tamaños, pestañas y uñas postizas, alcohol y cremas para limpiarlo todo. Wisteria encendió su mano. La garra de fuego perdió parte de su brillo. Gastó algo del poder mágico que usaba como combustible y, además, perdió confianza en sí misma. Apagó la mano y se quitó la peluca tras un día demasiado largo.

Suspiró frente al espejo. Era de esas noches en las que no se reconocía, donde el silencio y el aburrimiento sacaban sus pensamientos más profundos junto a la horrible sensación de ridículo. Lo único que sabía con certeza es que era una chica preciosa, sin importar la opinión de otros. Cogió un pañuelo y se quitó el maquillaje en el barreño de agua tibia a los pies de la cama. La calidez en el rostro le arrancó un gemido placentero.

Echó la cabeza hacia atrás y se dejó el pañuelo encima cubriéndole los ojos. Recordó las primeras semanas practicando magia con sus compañeros. Se ilusionaban ante cualquier avance, por pequeño que fuera. Los logros de uno eran celebrados por todos, y los sueños se compartían en hogueras nocturnas mientras contaban historias de Reya y sus compañeros. Pero eso quedó atrás. Los tres habían cambiado. Krys se volvió más agresiva y competitiva, el egoísmo de Gálaban lo iba consumiendo y Wisteria perdió toda ilusión por convertirse en maga. No conseguía hacer lo que enseñaba Reya, no le gustaba el camino que estaban tomando las cosas. Para ella, la magia era una diva a la que le encantaba llamar la atención. Una perspectiva muy distinta a la de su maestra.

—¿Estás bien? —preguntó Gálaban.

Wisteria se quitó el pañuelo de la cara y miró hacia la puerta. Gálaban esperaba con una caja plana en las manos. Las bisagras y las cerraduras eran de un dorado exquisito, y la madera rojiza brillaba por el barniz que la cubría. No sabía lo que era, pero lo quería.

—¿Para mí?

—Solo si lo pagas.

Gálaban abrió la caja con aire teatral. El interior estaba forrado de terciopelo negro, y un aroma a pino salió de allí inundando la habitación. Dos filas de cinco uñas cada una, blancas con líneas negras que se ramificaban de forma aleatoria. Wisteria dio un grito agudo.

—¡Son preciosas! —dijo deteniendo las manos antes de mancharlas.

—Uñas postizas de puro mármol. Pesan y no son prácticas, pero...

—¡Las quiero! —le interrumpió Wisteria.

—Lo que intento decirte es...

—Cállate, Gálaban. No estropees este momento. —Las miró unos segundos antes de hablar—. ¿Cuánto quieres?

Gálaban cerró la caja. Su rostro decía que no iba a ser barato, un truco de comerciante.

—No puedes pagarlo. No con dinero.

Ahí estaba otra vez el interés de Gálaban por acumular lo que nunca usaba. Le pedía algo íntimo, algo que le pertenecía y que cultivaba desde que se unió a Reya. Le estaba pidiendo su poder mágico. Gálaban era el peor discípulo de Reya, ni siquiera sabía encender una pequeña llama en su dedo, por eso usaba sus objetos mágicos comprados en el lugar que mejor comprendía, el mercado. El único hechizo que conocía lo aprendió

en una de sus negociaciones y se trataba del traspaso de poder, algo que a Reya no le convencía del todo.

—No te entiendo, Gálaban. ¿Para qué quieres mi poder mágico si nunca lo usas?

—Para negociar con él, igual que el dinero. El poder tiene muchas formas, pero sirve para lo mismo. Te he visto en la prueba y me conformaré con la mitad de lo que tienes.

—¿Qué? —chilló Wisteria—. ¿La mitad?

—No te alarmes tanto. La última vez te recuperaste bastante rápido. Creo que en un mes o mes y medio estarías como nueva si entrenas y descansas con cabeza.

Wisteria miró la caja cerrada. Esas uñas eran preciosas, y los colores encajarían perfectamente con el morado y el rosa que tanto le gustaba. Tendría unas manos que nada envidiarían a sus garras de fuego. Además, últimamente la magia se estaba convirtiendo en un incordio para ella.

—Trato —dijo adelantando una mano.

Gálaban la estrechó y Wisteria sintió que se quitaba un peso de encima. Le arrancó la caja a Gálaban y cogió una de las uñas. Tenían el tamaño perfecto para sus manos.

—Voy a estar preciosa —dijo Wisteria con una sonrisa.

—¿Necesitas algo más? —preguntó Gálaban—. Podría conseguirte otra peluca y algo de aceite para cuidarlas.

—Plumas. ¿Puedes conseguirme plumas? Creo que algo suave encajaría muy bien con estas uñas de piedra. ¡Y una corona! Pequeña, muy sutil, algo similar a una diadema.

—Ya... Plumas y corona —dijo Gálaban desconcertado—. Veré qué encuentro.

Gálaban salió de la habitación y Wisteria corrió al espejo. Colocó una de sus nuevas uñas encima del dedo para ver cómo le quedaba. Luego la apartó y se miró la mano desnuda. La cubrió con sus llamas, con las pocas que pudo generar. El fuego no llegaba a cubrir la palma, y sus dedos ígneos apenas brillaban más que las velas. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

3

Era una de esas noches sin luna ni estrellas. Krys vagaba por las calles del pueblo después de cenar a solas en su habitación de la posada. Solía entrenar a esas horas, cuando todos descansaban, pero no estaba de humor. La incompetencia de sus compañeros retrasaba su entrenamiento y, por si fuera poco, a nadie parecía importarle. Krys idolatraba a Reya, quería ser

¿TODAVÍA NO TIENES TU  
EJEMPLAR?  
HAZ CLIC AQUÍ  
PARA CONSEGUIRLO

# Medusa

**Pepa Mayo**



**MILNER**



**ERA UN SONIDO  
GRAVE Y PROFUNDO,  
COMO EL DE UN  
ANTIGUO CUERNO,  
QUE SE EXPANDÍA  
ENTRE LAS RUINAS  
Y LOS PICOS DE LAS  
MONTAÑAS. LAS  
GRIETAS CRUJIERON,  
AVISANDO DE  
LA INMINENTE  
APARICIÓN DE LAS  
MEDUSAS.**

como ella, quería que su nombre apareciera en las canciones y los libros. Si su maestra pudo acabar con aquellos sectarios antes de que cubrieran el mundo en sombras, ella no sería menos. Por eso entrenaban, para estar listos, porque volverían. Krys encendió su mano con una llamarada. El fuego se agitaba, grande como la cabeza de un caballo. Un año y solo le habían enseñado eso, demasiado lento. Wisteria, Gálaban y ella ya se divertieron suficiente cuando empezaron a entrenar, era hora de ponerse serios. Echaba de menos aquellos días alegres y lo usaba como combustible para sus llamas. «Mi fuerza reside en el sacrificio», pensó. Dejó de lado esas cosas para volverse más fuerte, para que otros no tuvieran que hacerlo. Un desperdicio por culpa de sus compañeros. El sacrificio y sufrimiento no servía para nada. La estaban hiriendo.

—Es impresionante —dijo alguien a su espalda.

Krys apagó el fuego y miró por encima del hombro. Un par de niños la miraban con los ojos muy abiertos. Le recordaban a ella cuando las cosas eran más fáciles y todo parecía un juego.

—¿Os gusta? —preguntó, encendiendo un solo dedo.

Lo acercó a los niños, que comenzaron a reír mirándose uno al otro. La alegría infantil contagió a Krys y se permitió sonreír.

—¿Eres una discípula de la maga? —preguntó un niño—. ¿Eres la chica de los ojos pintados? ¿Wisteria?

—¡No, tonto! —dijo su amigo—. Ella es la otra.

La sonrisa de Krys se transformó en una fina línea de labios apretados. Era *la otra*, la que no tenía nombre. No importaba que fuera más fuerte, hábil o inteligente, nunca sería alguien al lado de sus compañeros. Daba más que ninguno y recibía menos que nadie. Uno de los niños se percató de la rabia de Krys y tiró del brazo del otro. Los dos se paralizaron de miedo.

—No tenéis padres a los que fastidiar —dijo un anciano desde las sombras.

Los niños dieron un respingo y huyeron. El hombre que habló estaba sentado en unas escaleras y llevaba un arco al hombro mientras comía pan duro.

—Ten cuidado, chica. Ese poder no es para usarlo contra los niños. Te vi en el pueblo esta tarde. No se te da nada mal lanzar fuego, pero te falta un poco de fuerza, ¿sabes? Algo de garra.

—¿Qué sabrás tú?

—Más de lo que piensas.

El hombre alejó la mano libre y lanzó un destello que cegó a Krys.

—En otro tiempo, practiqué la magia con mis hermanos, pero ahora soy un pobre cazador que come pan duro porque es incapaz de atrapar a un simple conejo. Me hago viejo y pronto dejaré esta vida. Me gustaría hacer algo de lo que ellos estarían orgullosos. ¿Conoces el traspaso de poder mágico? Puedo darte lo poco que me queda si lo aceptas, así no tendrá que marchitarse hasta desaparecer en el cuerpo de un anciano.

Krys se frotó los ojos. En su retina estaba grabada la imagen del cazador con una sombra deforme a su espalda. Ese destello le afectó más de lo que pensaba.

—No necesito tu poder.

—Una pena —dijo con un gruñido al levantarse—. Sigue entrenando, Krys. Nunca sabes cuándo necesitarás ser fuerte.

#### 4

Reya despertó a sus discípulos al amanecer y les dio quince minutos para prepararse. Iban a repetir la prueba en unas ruinas cerca del pueblo, y esta vez no permitiría ni tardanzas ni meteduras de pata. Wisteria se maquilló en el poco tiempo que tuvo y cogió el primer vestido a mano. Se puso unas botas de tacón y la peluca rosa con mechas blancas. Hizo lo que pudo en el tiempo que le dieron, y no estaba perfecta, más bien parecía cansada y deprimida. Al menos estrenaba uñas nuevas. Llegó a la hora acordada y, por primera vez, no fue la última. Krys apareció poco después con cara de haber pasado una mala noche. Cruzó a su lado sin decir palabra y caminó detrás de Reya, la cual ya marcaba el ritmo. No tardaron en llegar a las ruinas. El lugar estaba plagado de edificios derruidos y restos desperdigados de una muralla. Los escombros de diferentes tamaños asomaban sobre la nieve dando un aspecto caótico, una especie de laberinto improvisado. Era casi tan grande como el pueblo, pero, por algún motivo, nadie volvió a edificar allí. Fuera lo que fuese en el pasado, ese lugar quedó sin reclamar. Reya preparó la prueba la noche anterior. Las mismas antorchas, las mismas reglas.

—Tres grupos de diez —dijo Reya alzando tres dedos—. Están divididas en diferentes alturas y marcadas con rojo, morado y azul. Repartidlas entre vosotros. El objetivo es encenderlas usando solo vuestra magia y volver aquí lo antes posible. Gálaban, deja tus cosas en el suelo. Os recuerdo que no habrá premio alguno salvo el placer de terminar y no repetirlo mañana. Descubriréis una lección por vuestra propia intuición, pues no pienso daros el trabajo hecho. Podéis empezar.

Krys salió disparada como un animal frenético y no esperó a encontrar la primera antorcha cuando encendió su mano. Wisteria y Gálaban salieron justo después, ambos por el mismo camino. Gálaban encontró primero una antorcha del color que eligió a la altura de la mano. Pasó de largo y se agachó en los restos de una caja destrozada.

—¿Qué haces? —preguntó Wisteria.

—Buscar cosas de valor para venderlas después.

—¿No vas a intentar superar la prueba?

—No me interesa —dijo inspeccionando la punta de una flecha—. Y creo que a ti tampoco.

—Yo... lo dejo. Hablaré con Reya y le diré que abandono.

Gálaban no le prestó atención. Estaba concentrado en una caja pequeña con una especie de mecanismo interior como cierre.

—Supongo que llegué hasta aquí —dijo Wisteria—. Volveré a mi pueblo y...

—¿Qué? —le interrumpió Gálaban—. Un momento, no puedes dejarnos. Si te vas tú, también se irá Krys, y todo volverá a ser como antes.

—Creo que Krys estaría encantada de que me fuera. ¿No te has fijado en ella últimamente?

Gálaban bajó la mirada con cierto aire de culpabilidad. No, Gálaban no se había fijado en nadie más que en sí mismo.

—¿Qué te está pasando, Wist? ¿Desde cuándo te comportas así? Nunca he conocido a otra persona que disfrute tanto usando la magia como lo haces tú. Te encanta despertar la admiración en los demás.

—Ya no quiero convertirme en maga.

—¡Claro que quieres hacerlo! Pero no en una maga como Reya, sino en una maga distinta, que sigue su propio camino, porque odias cuando te dicen cómo debes actuar. Krys usa la magia como un arma, y yo la uso como una moneda. ¿Alguna vez te has preguntado cómo la usas tú? Deja de preocuparte por tonterías, Wist. No sabes seguir patrones, así que ni lo intentes o te acabarás quemando. Haz lo que te apetezca, cuando quieras, como te dé la gana —dijo remarcando cada palabra—. Y quítate ese traje de insegura, te queda fatal.

Gálaban volvió a inspeccionar la caja, girándola de un lado a otro mientras escuchaba el interior moverse. O estaba loco, o ese comerciante la conocía mejor que nadie. Wisteria se dio otra oportunidad a sí misma y siguió el consejo de Gálaban. En ese momento, solo

le apeteecía una cosa: demostrarse hasta donde podía llegar.

## 5

Encontró la última antorcha más arriba que ninguna, incrustada entre dos adoquines de la muralla casi destruida. Krys disparó una bola de fuego que estalló en la antorcha, incendiándola de punta a punta. No perdió ni un segundo en dar la vuelta y seguir corriendo. Lo hizo todo sin detenerse, sin pensar. Encendió cada una de un disparo certero. El día anterior llevaba cinco o seis antorchas en ese tiempo, pero acababa de superar su marca terminando la prueba en un instante. No entendía por qué Reya le ponía una prueba tan fácil. «Porque no es para mí —pensó—. Es para esos dos inútiles». Wisteria no sabía disparar y Gálaban no sabía ni encender la mano. Su incompetencia la retrasaban.

Reya leía un libro cuando Krys llegó jadeando. Alzó la vista de la hoja un par de veces, la primera para verla y la segunda para creérselo.

—¿Ya? —preguntó Reya sorprendida—. Quédate aquí con las cosas mientras voy a buscar a esos dos. No me fío de ellos y se me ha olvidado cachear a Gálaban.

Krys no se podía creer lo que estaba escuchando. Había logrado superar la prueba en un tiempo impresionante y solo ganó un «¿ya?». Era más importante los errores de otros que sus propios éxitos. ¿Para eso se esforzaba tanto? Un nudo se le atravesó en la garganta mientras veía a Reya marcharse. Quería gritarle con toda la rabia que la consumía por dentro. ¿Cómo pudo idolatrar a una persona así? Era tan inútil como los otros dos. Ciega y malagradecida. Había completado sus órdenes sin equivocarse ni una vez, había seguido sus pasos como una estúpida marioneta. Entregó su vida sacrificando cosas que ahora añoraba para que estuviera orgullosa de ella, y lo único que había conseguido era un maldito y frío «¿ya?».

—Cálmate o te va a explotar esa vena del cuello.

El cazador se encontraba sentado sobre un escombros enorme. Sonreía, divertido por lo que estaba presenciando, y eso la ponía más furiosa.

—¿Qué haces aquí?

—No podía perderme esta prueba. La verdad es que has estado impresionante, Krys. Tienes un don que vale una fortuna.

—Se trata de esfuerzo y dedicación, imbécil. No le des a la suerte lo que tanto me ha costado conseguir.

—Está bien —dijo el anciano levantando las manos—. Pero ¿de qué te ha servido? Aún te falta poder para

que te reconozcan. Reya era mucho más poderosa a tu edad y se ganó un hueco en la historia por ello.

—Tú... ¿Quién eres?

—Soy el que te puede llevar donde quieras, Krys. A cada rincón de este mundo, a cada oído de cada persona. Puedo hacer que todos conozcan tu nombre y que, cuando el peligro amenace, sepan que andas cerca. Dime, ¿vas a aceptar mi propuesta o vas a seguir apretando los puños?

## 6

Gálaban abrió la diminuta caja tras golpearla con una piedra. Dentro había varios pendientes y algún que otro anillo. Lo guardó todo en los bolsillos y alzó la mirada en busca de más. Parecía una alimaña ladrona que se aprovecha de los restos de otros. Lo que antes era indiferencia ahora se había convertido en repugnancia. Gálaban miró por encima del hombro y la vio.

—¿Krys? ¿Qué haces ahí parada?

La cabeza de Krys colgaba hacia delante dejando que su melena castaña le cubriera la mitad del rostro. Mostraba un solo ojo recortado bajo la ceja arqueada por fruncir el ceño. Arrugaba la nariz con tanta fuerza que el labio superior se había separado del inferior, descubriendo unos dientes feroces. El semblante de Gálaban cambió a una expresión de alerta y confusión. Se puso de pie y retrocedió sin decir palabra. «¿Cree que puede escapar de mí?», pensó Krys. Encendió ambas manos con unas llamas enormes que se alzaban muy por encima de su cabeza. Los ojos de Gálaban se abrieron por completo al verlo. Era poderosa, más que nunca, y ahora nadie podía ignorarla. Lanzó una bola de fuego tan grande como ella, y Gálaban se tiró al suelo para esquivarla. El ataque impactó contra el muro de atrás, destrozando lo poco que quedaba de él. Gálaban corrió entre los escombros esquivando sus ataques como una rata escurridiza. Lo siguió, atacando sin parar, porque algo en su interior se lo ordenaba. Dejó que la guiara entre los restos y llegaron al punto de partida donde aguardaba todo el equipaje. Una zona abierta sin cobertura, ya era suyo. Gálaban cogió el fardo alargado y el grimorio desechable, abrazándolos en busca de protección. Podía ver el horror en su rostro, una imagen realmente placentera.

—Tus juguetes no son nada para mí.

—¿Que te han hecho, Krys? Tienes los ojos completamente negros —dijo aterrado.

Krys hizo crecer las llamas y la sonrisa al mismo tiempo. Gálaban desató el fardo y liberó así un par de

espadas que giraron sobre sí mismas y permanecieron suspendidas en el aire, cruzadas. Detrás de ellas, Gálaban arrancó una hoja de su grimorio desechable y la arrugó formando una bola de papel. Krys atacó de nuevo, y una de las espadas detuvo el proyectil recibiendo un golpe que la mandó directa a la nieve. Gálaban tiró la bola de su mano hacia Krys y el papel se convirtió en fuego mientras ganaba velocidad, como si acabara de usar el hechizo que era incapaz de lanzar. Krys lo apartó con un revés de su mano encendida y luego disparó dos veces seguidas. La espada que aún volaba paró uno de los proyectiles, pero el otro fue directo a Gálaban, que buscaba entre las pocas hojas del grimorio. Arrancó otra página y la empujó con su mano abierta hacia la bola de fuego. Hubo una explosión que envolvió a Gálaban. El fuego y el humo desaparecieron después y revelaron a Gálaban dentro de una cúpula protectora casi invisible. La hoja se consumió en la palma quemada y temblorosa. La protección desapareció junto al papel.

Gálaban tiró una ráfaga de hojas que se convirtieron en bolas de fuego, flechas de luz y lanzas de hielo. Krys las desvió todas y cada una de ellas, antes de lanzar otro ataque que acertó de lleno. Gálaban salió disparado hacia atrás dejando un rastro de humo, chocó de espaldas contra unos escombros, y de ahí calló a la nieve. Una hoja pegada en su pecho se convirtió en ceniza, su última defensa. Se apretó el costado y gimió de dolor. No representó ninguna amenaza frente a su enemiga, y las heridas que sufrió tampoco fueron suficientes para saciar ese apetito voraz en busca de violencia. Krys apuntó con la mano en llamas cuando una bola de nieve le dio en la sien distrayéndola. Wisteria corrió hacia ellos y a su espalda aparecieron las espadas de Gálaban dispuestas a seguir luchando.

## 7

—¡Gálaban! —Se arrodilló frente a él—. ¿Qué te duele?

—Todo —dijo sin apenas voz.

Wisteria cogió el grimorio desechable en la nieve y lo abrió, solo quedaba una hoja con la palabra CURACIÓN en el encabezado. Fue a cogerla, pero Gálaban la detuvo.

—No hace falta, estoy bien.

Wisteria asintió y miró hacia Krys y las espadas.

—¿Qué le ha pasado?

—No lo sé, pero tienes que detenerla.

—¿Yo? ¿A Krys?

—Escúchame, voy a prestarte el poder mágico con

el que he negociado durante el último año. Quizás no sea suficiente, pero no tenemos otra oportunidad. Algo me dice que Reya no va a venir, o ya lo habría hecho. Cuando aprendí a usar esto me advirtieron de no hacer traspasos muy grandes. Va a ser peligroso y quizás duela. Tendrás que acabar rápido, así que no te guardes nada. ¿Trato hecho?

Gálaban levantó una mano, cuya palma estaba negra. Siempre que Wisteria pensó en competir contra Krys era en juegos inofensivos. No quería hacerle daño. Ya tenía suficiente con el que se hacía ella misma. Quizás, si en vez de alejarse para evitar su carácter, hubiera ido a hablar con ella... Wisteria le estrechó la mano a Gálaban y una sensación de vértigo recorrió todo su cuerpo. Sintió cómo se tensaba cada músculo hasta el punto de dolerle y engarrotarle las articulaciones. La garganta se le cerró impidiendo el paso del aire. Se le saltaron las lágrimas en unos ojos hinchados de miedo. Una bocanada de aire consiguió entrar en ella haciendo sonar su garganta de forma aguda. «¿Gálaban cargaba con todo esto él solo? —se preguntó alzando la vista al comerciante ahora debilitado—. ¿Cómo?». Un tintineo metálico sonó a su espalda. Krys acababa de tirar las espadas inertes en la nieve, una rota por la mitad.

—Tú no usas la magia como ella o como yo —dijo Gálaban—. Esa garra de fuego que creas no es un arma a punto de disparar, siempre me pareció un guante. ¿Lo entiendes? Tú no atacas o negocias con la magia, tú la vistes.

Krys disparó con ambas manos y las dos bolas de fuego se convirtieron en una enorme. Wisteria movió su cuerpo entumecido y proyectó las manos hacia delante para intentar detenerla. El ataque la cubrió en un pilar de llamas ascendentes cuyo rojo iba tornándose morado. Las llamas salieron disparadas en todas direcciones desde el centro donde se encontraba Wisteria, suspendida en el aire. El fuego morado y rosa la envolvía. Sus manos eran garras infernales al final de unos brazos cubiertos por anchas mangas de volantes ígneos. La amplia falda se extendía desde la cintura hacia abajo, ondeando con movimientos hipnóticos. Detrás de ella colgaba una cola larga que la hacía parecer aún más alta y, a su espalda, dos grandes alas de plumas ardientes batían transformando el aire invernal en vientos sofocantes. Wisteria miró hacia abajo, con la barbilla bien alta y la diadema que la coronaba brillando sutilmente. Krys era incapaz de cerrar la boca mientras la veía descender al suelo y

acercarse a paso lento. La nieve iba abriéndole camino evaporándose con un leve siseo.

—No te queda bien ese color de ojos —dijo Wisteria, provocando.

—Tú eres la que tienes la culpa de todo. —Los puños de Krys se encendieron—. No importa lo fuerte que me vuelva ni cuanto fuego genere, siempre brillas más que yo. ¿Cuánto tengo que arder para cambiar eso?

—Krys, esto no tiene nada que ver con la fuerza. ¿Se te ha olvidado por qué luchas?

Krys gritó y disparó a quemarropa. Wisteria salió de la explosión alejándose en el aire con sus alas extendidas. El vestido le servía de protección, pero sentía que se le acababan las fuerzas que le prestó Gálaban. Tenía que terminar con eso de una vez y se lanzó en picado. Dos bolas de fuego intentaron detenerla. Wisteria las atravesó usando sus garras. A esa velocidad era imposible parar, y todo lo que le quedaba era el impacto. Krys juntó sus manos creando un muro de llamas y ambas hicieron contacto.

Wisteria abrió los ojos tiempo después y se encontró mirando al cielo. Un copo de nieve se posó en su mejilla y el calor de la piel no fue suficiente para derretirlo. Ya no había fuego a su alrededor. El golpe fue mucho más duro de lo que esperaba. Usar todo ese poder mágico la dejó exhausta y confusa. Tumbada en la nieve, sintiendo su cuerpo cada vez más frío, dejó caer la cabeza a un lado. Krys estaba tumbada a pocos centímetros, con los pies orientados en la dirección opuesta. Se encontraba tan cerca de su rostro que podía escucharla respirar.

—Lucho para proteger a los demás —dijo Krys—. Para protegerlos como hizo Reya.

—Eso era antes. Ahora estás luchando por ego.

—Te envidio, Wist. Pareces tan segura con esa peluca y ese maquillaje que me siento un fraude a tu lado. ¿De verdad es tan fácil confiar en una misma como lo haces ver?

Un estallido cercano las interrumpió. Algo golpeó un muro provocando que el centro de este estallara hacia ellos. Los escombros salieron disparados siguiendo el cuerpo de Reya, que rodó por la nieve al aterrizar. Tenía una fea herida en la espalda que desgarró ropa y carne. Al otro lado, un anciano bajaba con calma por los restos del muro.

—La edad no te ha sentado bien, Reya. Te has vuelto lenta y débil. ¿Dónde está esa gran maga que nos venció años atrás?

—No puede ser —susurró Krys—. Fue él quien me prestó el poder, Wist. ¿Cómo no me di cuenta antes? ¡Es un sectario!

El anciano se detuvo encima de Reya, la cual alzaba una mano para protegerse el rostro, al igual que haría con la luz del sol.

—Los humanos somos patéticos, ¿verdad? —dijo aquel hombre antes de alzar una mano y desplegar su poder.

Empujó todo a su alrededor, creando una ventisca que huía de él. La nieve alrededor de Reya desapareció y la maestra chocó contra el suelo gritando de dolor frente a un enemigo que no parecía esforzarse. Krys gruñó y se puso de pie, pero cayó de rodillas justo después. Estaba tan agotada como Wisteria tras usar sus últimas fuerzas. Incapaces de moverse, veían a su maestra sufrir una muerte lenta y dolorosa. Y detrás de aquella horrible imagen, Gálaban recostado sobre escombros, herido y pálido, con la boca abierta. Wisteria y él se miraron por unos segundos, y después Gálaban bajó la mirada al grimorio donde aleteaba la última página. «Curación», recordó Wisteria. Gálaban alzó la vista de nuevo. Cerró la boca adoptando una expresión seria, pidiendo perdón con la mirada. Wisteria sintió un escalofrío cuando Gálaban arrancó la hoja y se la pegó al pecho.

—¡No! —gritó Wisteria al verlo levantarse, recuperado a medias.

Gálaban corrió contra el viento y cogió la única espada que seguía de una pieza. Ese mercader, sin conocimientos de esgrima y con un hechizo inservible en combate, pretendía matar a alguien que estaba sometiendo a Reya. Wisteria intentaba levantarse con las piernas entumecidas cuando Gálaban llegó a la espalda de su rival y lanzó una estocada. El anciano partió la espada con un revés del brazo cubierto en llamas negras y luego tiró del pelo de Gálaban, alzándolo sin esfuerzo. En el rostro de Gálaban aparecieron cortes cada vez más profundos y sus gritos se unieron a los de Reya ante el hombre de brazos abiertos que se encontraba en medio. Una en el suelo, otro en el aire. Los cortes empezaron a levantarle la piel a Gálaban y uno de ellos le hirió en un lateral del cuello donde brotó sangre sin parar. Gálaban abrió los ojos y sacó la mano del bolsillo. Los anillos y pendientes que se guardó antes salieron volando con la ventisca. Su grito pasó de dolor a rabia y cubrió el rostro de su rival con una hoja, la misma que Reya le confiscó el primer día

de la prueba, pero no el segundo.

Gálaban se desplomó en la nieve manchada de sangre cuando el anciano aulló de dolor llevándose las manos a la cara. Arrancó trozos de papel fundidos a su piel en una agonía sin fin que derretía su rostro. Reya alzó una mano hacia él y cerró los dedos en forma de garra, sujetando algo que no se podía ver. Dio un tirón y el muro detrás del anciano comenzó a caer como un árbol recién talado, ganando velocidad, cubriendo de sombras al sectario, aplastándolo con un estruendo que alzó la nieve. Wisteria no apartó la mirada hasta que Krys le rodeó la cabeza con sus propios brazos para protegerla.

## 8

Wisteria corría por las calles del pueblo al que llegaron el día anterior, tras dos semanas sin poder viajar por culpa de las heridas que sufrieron. Buscaba la siguiente antorcha. Reya les obligó a repetir la prueba y amenazaba con hacerlo hasta que consiguieran superarla. Wisteria encendió un par de dedos ante la falta de poder mágico, mucho más difícil de recuperar que las fuerzas físicas. Ya no lucía esa garra ígnea, ese guante, como lo llamó Gálaban. Rozó una antorcha a la altura del hombro sin detenerse ni un segundo y la llama creció con energía, alumbrando la zona junto el atardecer. Un grupo de personas se asombraron por lo fácil que le resultaba crear fuego, pero las miradas no permanecieron en la luz de la antorcha. Embelesados, contemplaban

cómo se movía con aquel vestido blanco del que colgaban cristales diminutos como los copos de nieve en su peluca. Llevaba dos antorchas, seguramente menos que su rival. Encontró otras dos no muy lejos de allí y pensó que Reya se había ablandado tras el combate contra el sectario. Las encendió sin problemas, pero su confianza se topó con un muro insalvable al descubrir la siguiente. Colgada en lo alto de la iglesia donde no llegaría a pie ni trepando. La única forma de encenderla era disparar las llamas de su mano, pero Wisteria no sabía hacerlo y, si era sincera consigo misma, ni siquiera quería aprender. Para ella, la magia no era un arma, era un vestido que la hacía brillar. Aun así, levantó la mano y apuntó con los dos dedos en llamas hacia la antorcha, señalando con las afiladas puntas de las uñas postizas. Una pequeña llama salió disparada desde su espalda hasta dar en la antorcha y encenderla. Detrás de ella pasaba Krys, aún con la mano alzada.

—Ocúpate de las que están más abajo.

—¡Pero esa tenía mi color! —dijo Wisteria.

—Haz lo que te digo. —Y desapareció tras una callejuela.

Obedeció, no sin antes lanzar un gruñido. Krys podía ser tan cabezona que no merecía la pena contradecirla. Encendió cada antorcha que encontró a su altura e ignoró el resto, las cuales fueron alcanzadas por las llamas de Krys. Terminaron en un instante y ambas corrieron hacia el punto de partida, donde esperaba Reya. Su maestra levantó la vista del documento que leía al escucharlas llegar.

—Os falta algo —dijo antes de volver al texto.

Ambas se miraron con el ceño fruncido y unos gritos a sus espaldas las distrajeron. Gálaban corría hacia ellas, perseguido por un hombre con aspecto de mercenario. El comerciante mostraba un rostro surcado de cicatrices casi imperceptibles, salvo aquella a un lado del cuello que por poco acaba con él. Una línea blanca que le acompañaría de por vida. Gálaban tropezó con algo bajo la nieve y el mercenario lo atrapó antes de caer.

—Devuélveme mi dinero, muchacho.

—¡Es mío! —gritó Gálaban—. ¡Lo he ganado sin apenas engañarte!

Las palabras provocaron al mercenario, que alzó el puño y se mordió el labio inferior.

—¡Eh, déjalo! —Krys se adelantó a zancadas.

—¿Y quién eres tú?

—Su amiga, la que te va a quemar vivo como no lo sueltas.

—Mira, guapo, será mejor que le hagas caso —dijo Wisteria poniéndose al lado de Krys—. Como se le ocurra atacarte voy a tener que acompañarla, y créeme, no quieres eso.

El mercenario alternó la mirada entre ellas y acabó cediendo. Empujó a Gálaban, escupió al suelo y se marchó manteniendo la mirada por unos segundos antes de darse la vuelta. Krys le dio una colleja a Gálaban y le regañó por meterse en líos que, según él, estaban totalmente bajo control. Los tres se plantaron frente a Reya. La maestra los miró con una ceja alzada y luego apartó el documento que leía.

—Bien. ¿Habéis encendido todas las antorchas?

Los discípulos asintieron.

—Gálaban, ¿cuántas has encendido tú?

—Es que... estaba ocupado buscándole una cosa a Wist y...

—Wisteria —le interrumpió Reya—, ¿qué ha pasado con las que estaban en alto?

—Krys las encendió por mí —dijo bajando la mirada.

—¿Y eso? —preguntó Reya—. ¿Por qué los has ayudado?

Krys miró a sus compañeros y luego a su maestra.

—Porque ese era el objetivo de la prueba, ¿verdad? Al principio no lo entendí. Le habías puesto obstáculos que aún no sabían solventar, difícil para ellos y fácil para mí, o eso pensé. La última vez no fui la primera en terminar, fui la primera en equivocarme. Si no cubro los puntos débiles de mis compañeros, ellos no cubrirán los míos. Y al igual que tú no te convertiste en una maga de renombre viajando en solitario, yo tampoco podré hacerlo. Somos un equipo, cada uno distinto al otro, y eso nos hace brillar.

Reya asintió en silencio. Metió el documento bajo el brazo y le devolvió los objetos mágicos a Gálaban.

—Tenéis el resto del día libre —dijo dándose la vuelta—. No os acostéis tarde, mañana os enseñaré un nuevo hechizo.

3



RELATO TRES

# LAS MADRES DEL ABISMO

LEYRE LÓPEZ



**LEYRE LÓPEZ TIENE 27 AÑOS Y LLEVA LOS DOS ÚLTIMOS ESTUDIANDO EN ESCUELA DE ESCRITORES EL ITINERARIO DE LITERATURA FANTÁSTICA, TERROR Y CIENCIA FICCIÓN. A DIARIO TRABAJA EN EL MUNDO DE LOS ENSAYOS CLÍNICOS, ESPECIALIZÁNDOSE EN ENFERMEDADES RARAS. LE GUSTA ESCRIBIR DESDE NIÑA, CUANDO COMENZÓ A TRANSCRIBIR LOS CUENTOS DE SU ABUELA; Y DESPUÉS EMPEZÓ CON LOS SUYOS PROPIOS. COMPRAR LIBROS PARA NO LEERLOS ES SU HOBBY FAVORITO.**



**¡HAZ CLIC EN EL ICONO PARA SEGUIR A LA AUTORA DE ESTA HISTORIA EN REDES SOCIALES!**



Llevaban tres horas esperando en las cuevas. Las habían metido allí nada más llegar al Refugio del Anochecer, junto a todas las mujeres de los želví muži, también conocidos como los pacíficos hombres tortuga. No sabían cuándo ni cómo sería la batalla, pero una vez más el rey había decidido encerrarlas a todas con sus hijos para mantenerlas a salvo, como si eso fuese a protegerlas de lo que les haría el bando contrario en el caso de vencer en esta contienda. Nam acarició la cabeza de su primogénito, inquieta. Para bien o para mal, la guerra que llevaba tres años azotando el reino de Želviana acabaría ese día. ¿Por qué no la dejaban ser parte de ello? Al fin y al cabo, era también su destino el que estaba en juego. ¿De qué servía entrenarla en la espada y luego no dejarla combatir?

Como era tradición, Nam había entrenado junto a todos los muchachos de su pueblo. Niños y niñas se entrenaban por igual, en la espada, la lanza y el arco. Nam era una espadachina decente, e incluso sabía manejar las pesadas hachas de combate. De hecho, llegó a luchar durante la primera mitad de la guerra, antes de que el rey temiese por la supervivencia de la raza humana. Antes de que los d'ábelští muži atrajesen a unos pocos traidores a su bando y decantasen la victoria a su favor. Después, fueron relegadas a meras escaramuzas. Y ahora todo dependía del resultado de la batalla que se avecinaba, en la que no podían participar. El grueso del ejército de hombres, želví muži y aljan había llegado ese mismo día al Refugio. Tan solo tenían que resistir al siguiente amanecer, cuando llegarían los refuerzos; Nam no sabía muy bien en qué consistían, aunque tampoco sabía de qué iba la guerra. Tan solo que empezó de un día para otro.

Nam miró a su alrededor, las cavernas estaban repletas de mujeres humanas, želví muži y aljan. Las želvianas llevaban a sus bebés sobre el caparazón que les crecía en espalda y pecho, en pequeñas cestas. Eran más bajitas que las mujeres humanas, pero mucho

más fornidas, con la piel color verde parduzco y sin pelo. En otro lado de la cueva, estaban las escasísimas mujeres aljan que allí había, junto a los pequeños de su especie. Eran muy ancianas, con su piel marrón arrugada y el cabello antaño verde ahora color dorado.

Un grupo de hombres y želví muži entraron en la cueva, interrumpiendo los pensamientos de Nam.

—Los niños mayores de doce años que suban —ordenó el que parecía estar al cargo. Nam no sabía su nombre, pero sabía que había sido el sargento del pelotón en el que falleció su marido.

Cuando calaron las palabras del soldado, se hizo el silencio en la caverna. Un instante después, comenzaron los gritos.

—A mi hijo no te lo llevas hi de obispo.

—¿Pretendéis ganar este conflicto que nadie ha pedido con la sangre de nuestros pequeños?

El resto de las quejas se perdieron en el griterío. Todas las mujeres chillaban. Unas pidiendo explicaciones, otras suplicando. Nam aún no había abierto la boca, estaba ordenando sus pensamientos.

—¡Silencio! —gritó una voz. Era una de las mujeres želví muži. Temblaba un poco, apretando a un bebé contra su caparazón. A Nam le extrañó; en general, las mujeres želvianas solían tener más de un bebé, ya que ponían una tanda de doce huevos.

Sorprendentemente, tuvo éxito. La caverna se quedó en silencio. Nam decidió aprovechar la situación, ya que la želviana había enmudecido.

—Todas nosotras llevamos luchando desde que comenzó esta maldita guerra. ¿Y justo en este momento nos relegáis a esperar mientras mandáis a nuestros hijos a morir? ¡Es ahora o nunca! No podéis prohibirnos que defendamos lo poco que nos queda —clamó Nam con voz clara para hacerse ir.

—¡Dejadnos pelear! —gritó otra voz. Y el escándalo comenzó de nuevo. La gran mayoría prefería morir en batalla que aguardar en una ratonera a que los d'ábelští muži entrasen en su refugio a masacrarlas. Tenían muy claro que, sin ellas, simplemente no eran suficientes para detener la horda de hombres diablillos.

—¡Son órdenes del rey! —intentó hacerse oír el sargento—. Quieren evitar la extinción de todos nosotros. Alguien le lanzó una piedra.

—¡Basta! —rugió el sargento—. ¡Que los nuevos soldados suban ya!

—No —dijo Nam. Y su negativa se replicó por toda la cueva. Todas las mujeres humanas, želvianas, e

incluso las ancianas aljan, se sumaron al grito. Nam continuó—: aquí tenéis vuestra respuesta, sargento. Si queréis más soldados, subimos nosotras.

El sargento, aunque con pocas ganas de enfrentarse a ellas, siguió discutiendo con una mujer de aspecto diminuto que había tomado el relevo de Nam. Esta rumiaba en silencio nuevos argumentos, pero una suave sacudida en su hombro la despistó. Era la mujer želviana que había pedido silencio.

—Vuestro hijo tiene edad para luchar, ¿verdad? —preguntó tratando de hacerse oír por encima de los gritos del sargento.

—Sí, pero no luchará, me niego. Ya he perdido a mi marido y el hijo que ambos esperábamos —contestó con fiereza Nam. Luego, se fijó en su interlocutora—. Y vos, ¿tenéis más hijos?

Nam vio cómo los ojos de la mujer tortuga se llenaron de lágrimas, quien inspiró profundamente y se preparó para contestar.

—No, me los han matado a todos —sollozó.

—¿Por qué peleáis pues? —inquirió de nuevo Nam, curiosa—. Si os pasa algo, no le quedará nada a vuestro hijo.

—Le quedará un mundo en paz, o al menos es lo que espero conseguir; aunque tenga que pagar con mi muerte, tan solo me queda él —contestó, más serena—. Y, por favor, no me habléis de usted, no soy nadie. Me llamo Anisa.

—Solo si tú tampoco me hablas de usted. Soy Nam —respondió. Ambas se miraron y sonrieron.

—¡Silencio! —clamó una nueva voz por encima del griterío. Justo a tiempo. Las mujeres estaban a punto de abalanzarse sobre el sargento.

El ruido se redujo a meros murmullos cuando una nueva persona entraba en la caverna. Era joven y, pese a vestir una simple armadura de cuero liso, tenía un aire regio.

—El príncipe Bane —murmuraron algunas mujeres.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —preguntó el recién llegado—. Este jaleo se oye hasta en la fragua.

—Alteza. —El sargento se apresuró a hacer una rápida reverencia—. Estas mujeres no quieren entregar a sus hijos, pretenden subir ellas mismas a pelear.

El príncipe arqueó una ceja, sorprendido.

—¿Acaso no necesitamos soldados? —inquirió—. Mejor que tengan experiencia, ¿no? Ellas la tienen.

—Órdenes de Su Majestad —contestó el sargento ruborizándose—. Ha ordenado que suban los niños

capaces de sujetar un arma.

El príncipe sacudió la cabeza.

—¡Olvidadlo! Estimadas mías —anunció el príncipe, dirigiéndose a la asamblea de mujeres enfurecidas—, todas aquellas que deseen pelear pueden hacerlo. Los niños se quedarán aquí, a salvo. No teman por ellos.

—No se trata solo de poder pelear. Sé que luchamos por el dominio de las Fuentes Mágicas. Ni vinieron los magos entonces, ni se les espera, y aun así decidí dar mi vida por lealtad a nuestro rey —espetó una anciana—. Pero esta guerra me ha quitado todo. Solo me queda pelear por dejarles a los jóvenes un reino en el que vivir. ¿Acaso mi experiencia en batalla no viene mejor que la de un crío de doce años? ¿Eso es lo que cree el rey por el que he luchado? ¿Que no valemos para luchar por nuestra supervivencia?

—Ahora mismo lo que crea el rey no me importa— contestó el príncipe con voz firme—. Yo no dudo de vuestra valía. Mi hermana, la heredera, era una de las mejores capitanas de este ejército, y todas sabéis de la batalla en la que cayó. Para mí sería un honor luchar con vosotras.

—¿Con todas? —inquirió la mujer želviana que había hablado con Nam, Anisa.

—Todas —insistió el príncipe—. ¿Me seguís?

Las mujeres susurraron entre ellas. Después, la anciana que había hablado se adelantó.

—Sí —contestó sin más—. Pero te seguimos a ti. El rey ya no significa nada para nosotras.

Una tras otra, las mujeres de la caverna dieron un paso al frente, incluida una mujer encinta. Solo se quedaron atrás el resto de embarazadas y algunas mujeres incapacitadas, con heridas de otros combates. Nam abrazó a sus hijos y, sujetando a su primogénito, Kol, le miró a los ojos y le habló.

—Cuida de tu hermano, Kol —y dio un paso adelante.

Anisa le entregó su hijo a una de las pocas madres želvianas que no iba a pelear. Esta acababa de ver salir a sus crías del huevo y no iba a separarse de ellas. Después, dio un paso adelante. Estaba temblando de miedo, pero sabía que su pequeño tendría quien cuidase de él si algo le pasaba a ella. Llevaba el último año en guerra, pero aún le daba miedo pelear. Ella apenas manejaba la espada, aunque se defendía con el arco bastante bien. Tenía buena puntería. «Todo es por Ñonis, por tu hijo», se dijo.

Cuando llegaron a la fortaleza, las recibieron en la fragua para armarlas. Hacia un calor espantoso en la

estancia, los herreros corrían de un lado a otro, terminando de ajustar armaduras y afilando puntas de flecha. Todos se comunicaban mediante gritos. Anisa se sentía incómoda, no estaba acostumbrada ni al ruido ni a las aglomeraciones en espacios tan cerrados. La fragua, además de a metal, fuego y sangre, estaba impregnada del desagradable olor que desprendían los humanos. Hasta un leve olor a orín flotaba en el ambiente.

Las mujeres fueron entrando de manera ordenada, aunque no tardaron en desperdigarse por la caótica sala. El príncipe se comportó como un soldado cualquiera, ayudando a apretar armaduras, a escoger espadas y dando palabras de ánimo. Anisa vio cómo la mujer con la que había hablado, Nam, escogía una espada de dos manos. Distraída como estaba, no se dio cuenta de que el príncipe se había situado a su lado y le hablaba.

—¿Vais a necesitar armadura? —Escuchó a su lado. Anisa se giró. Era el príncipe Bane quien se dirigía a ella. Hizo un amago de reverencia, pero el príncipe se lo impidió con un gesto—. Cuando haya probado mi valía, mereceré que se arrodillen delante de mí. Ahora, armadura, ¿sí o no?

Anisa negó con la cabeza.

—Mi caparazón me protege.

—Estupendo, pues coged un arco, una lanza y una espada, y formad fuera con el resto de želvianas. Dicen que sois arqueras estupendas.

—Sí, alteza, aunque mejor un hacha que una espada —contestó Anisa recordando sus últimos laces.

Se acercó a uno de los herreros que ultimaba un puñal para pedirle las armas. Resultó ser una de las tres herreras que trabajaban en la fragua; le entregó un arco corto, un carcaj con flechas de punta rojiza y una enorme hacha que Anisa sujetó a su espalda.

—¿Has resistido algún asedio? —dijo una voz a su espalda. Anisa se giró. Era Nam con una armadura.

—No —contestó Anisa—. Tan solo en alguna escaramuza suelta.

La humana sonrió y le palmeó el caparazón trasero.

—Tengo que reunirme con mi escuadrón. Somos la caballería pesada. Si los muros caen, somos la primera defensa —anunció orgullosa.

—No dejaré que entren en ese caso —respondió la mujer tortuga—. Las želvianas guardaremos las murallas.

—No os quedéis toda la gloria, después quiero

escuchar todas tus aventuras —le dijo Nam. Ambas rieron y se despidieron con un ademán de cabeza.

Después, Anisa se encaminó al patio, donde se reunió con un grupo de mujeres tortuga, todas armadas hasta el pico. Minutos después, apareció el príncipe, acompañado de una de las ancianas aljan que había decidido pelear.

—Esta es vuestra capitana, Humfringa —anunció—. Formaréis en la muralla este.

Tras esto, se marchó a seguir organizando las defensas junto al rey. Anisa y su escuadrón se colocó en posición y aguardaron. A lo lejos, se intuía un resplandor. Podía ser tanto un conato del amanecer como el enemigo, cercándoles ya. Obtuvieron respuesta, pocos minutos después, cuando un mensajero llegó.

—El enemigo llega —anunció sin detenerse. Siguió corriendo para avisar a todos los escuadrones que pudiese antes de que los d'ábelští mužī chocasen contra la muralla.

Humfringa, la aljan, entornó los ojos hacia el resplandor en el horizonte, que aumentaba de intensidad con bastante rapidez.

—Estarán aquí en menos de una hora —informó—. Si aún confiáis en algún dios, es hora de rezarle. Después, ya será tarde.

Anisa hacía meses que había dejado de creer en dioses. ¿Cómo de terribles tenían que ser las deidades que permitían semejante masacre por unas simples fuentes mágicas? No solo habían permitido la guerra, sino que los magos que la habían iniciado abandonasen el reino. Ni en uno ni en otro bando quedaba alguno. Se habían desvanecido. Anisa se preguntó si habían decidido distraerlos con una guerra para tomar ellos el poder y gobernar sobre lo que quedase. Aun así, le dedicó una breve plegaria a la Madre Caparazón, para que cuidase de su hijo.

—¡Prevenidas! —gritó la capitana.

Anisa miró al frente. El enemigo ya era visible en su totalidad. Cientos de gigantescos d'ábelští mužī iban en primera línea. Anisa se estremeció. Llevaba un año peleando contra los hombres demonio, pero seguían asustándola hasta el punto de paralizarla. Estos eran los más grandes que había visto. Medían cerca de dos metros. Su piel, entre rojiza y anaranjada, destacaba en la noche a la luz de las antorchas. Los cuernos, de un negro brillante, parecían estar hechos de obsidiana. A simple vista, parecían bestias. Pero eran inteligentes y retorcidos. Llevaban solamente unos calzones

negros puestos. El pueblo de los želví muži, antes de la guerra, comerciaba junto con los d'ábelští muži. No eran aliados, pero tenían una relación cordial. ¿Cómo era posible que ahora se odiasen a muerte? Antes de la guerra, Anisa no se había creído capaz de detestar tantísimo a alguien. Ahora, solo recordaba al hombre demonio que irrumpió en su nido.

Una gota de agua la sacó de su reflexión. Había empezado a llover. Era una lluvia fina, pero pronto quedaron caladas hasta los huesos.

—¡Untad más grasa en la cuerda del arco, vamos! —apremió la capitana aljan. Se produjo un pequeño revuelo mientras las mujeres tortuga se afanaban en cumplir su tarea. Apenas le dio tiempo a meter los dedos en el bote de grasa cuando una nueva orden cruzó la noche.

—¡Cargad! —la orden venía del otro lado del foso.

El enemigo ya estaba a tiro. Anisa, que dentro de las želví muži era de las más bajitas, estaba en primera línea. Apuntó a uno de los gigantescos d'ábelští muži que iban delante. Se fijó en que iban cargando con... ¿puentes? Entornó los ojos. Sí, sí eran puentes. Se preguntó si debía notificarlo. No le dio tiempo. Una de las arqueras a su derecha lo gritó.

—¡Quieren atravesar el foso! —fue la respuesta oficial—. ¡Apuntad a los que cargan los puentes! ¡Que caigan!

Fueron los dos segundos más largos de la vida de Anisa. La lluvia seguía cayendo. Los brazos le dolían de la tensión de tener el arco cargado. El corazón le latía en los oídos. Era lo único que escuchaba. Ninguno de los dos bandos hizo un solo ruido.

De pronto, escuchó el chasquido de un arco. Alguien había disparado una flecha. Y, de un momento a otro, la situación cambió. El ejército de d'ábelští muži rugió como una sola voz. Y las murallas respondieron. Anisa no se dio cuenta de que ella gritaba en armonía con sus compañeras.

La batalla comenzó.

Una oleada de flechas se cernió sobre las murallas.

—¡Cubríos y disparad! —fue la orden que se repitió a lo largo y ancho del Refugio—. ¡Apuntad a los puentes!

Anisa se agazapó detrás de una almena y solo se asomaba para disparar. Las primeras veces apuntó. Después, no tuvo tiempo. Gastó su primera tanda de flechas en un abrir y cerrar de ojos. Y cogió otra. Y otra, y otra. Un grupo de soldados iban subiendo a reponérselas. Anisa

vio caer a dos de ellos, abatidos por las flechas enemigas. Fue recargando cuando la primera muerte en su escuadrón tuvo lugar. Un flechazo en el ojo. Apenas tuvo tiempo para reaccionar. Otra de las mujeres arrancó la flecha de la cara de su compañera y con restos oculares aún manchándola, la envió de vuelta. En aquel momento, Anisa supo que nunca sería la misma. Tampoco tuvo tiempo de pensar. Una roca aplastó a otra de sus compañeras en ese momento.

—¡Han cruzado el puente! —bramó Humfringa—. ¡Tienen torres de asalto!

«Aquí es donde muero», pensó Anisa después de ver las enormes construcciones desde las que les lanzaban rocas. Eran máquinas que desconocía, y un escalofrío la recorrió cuando comprobó que estaban manejadas por humanos. «Así que es verdad que hay traidores entre ellos...».

Una nueva piedra por poco la aplasta. Al terror le siguió la ira. Y, usando de nuevo su arco, apuntó al operario que controlaba la maquinaria, acertándole en el pecho. Se acercó de nuevo a su almena, que seguía intacta, y, a cubierto, estudió el frente. Los hombres demonio habían conseguido colocar dos puentes sobre el foso. Y, con horror, observó que trataban de meter una cuarta torre de asalto. Pero también descubrió un punto débil.

—¡Humfringa! ¡Hay que acabar con los d'ábelští que mantienen los puentes rectos!

Esta comprobó las palabras de la želví muži y asintió. No llegó a dar la orden. Una nueva piedra la derribó y la lanzó de la muralla. Anisa se asomó y vio que un nuevo humano se había colocado a los mandos de la máquina.

—¡Disparad a los d'ábelští que mantienen los puentes rectos! —gritó. Se sorprendió al ver una nueva oleada de flechas dirigirse al puente más a tiro. Ella siguió disparando a la torre de asalto intentando acertar en el humano.

Quizás tuvieron un golpe de suerte, porque a la vez que Anisa conseguía eliminar nuevamente al operario de la máquina lanzapiedras, el puente y la torre cayeron al foso. El escuadrón de želví muži rugió de alegría y acometieron contra la torre de asalto que tenían delante. Por encima del olor a orín, sangre y sudor, Anisa pudo distinguir el del miedo, que venía de lo que tenían delante. Poco les duró la alegría.

—¡Nos replegamos a la muralla interior! —gritó una voz conocida.

Las mujeres se giraron buscando a su dueño. Era el príncipe.

—¡Han alcanzado la puerta! —insistió al no verlas moverse. —¡Nos replegamos!

Un golpe seco las hizo decidirse. En esos breves momentos que habían dejado de acosar a la torre de asedio, esta había llegado hasta la muralla, y un grupo de d'ábelští muži estaba alcanzando la muralla.

—¡A la muralla interior! —gritó Anisa, cogiendo el hacha. Iban a tener que retroceder peleando. El príncipe desenvainó y se preparó para recibir a los primeros diablillos que llegaban. Fue como resistir el embate del mar. Pero, en vez de agua, fueron golpeadas con cuchillas, mazas, garrotes. Después, comenzó el contrataque.

Una de las želví muži tumbó al diablo que iba en cabeza, y su enorme cadáver obstaculizó al resto, dándoles un respiro y permitiéndoles devolver los ataques. Anisa nunca se había sentido así. Era otra consciencia la que manejaba el hacha, ella se sentía una mera espectadora de la batalla. Ni siquiera sintió la sangre que le manchó el rostro al decapitar a uno de sus enemigos.

Consiguieron descender de la muralla a golpes. No todas llegaron abajo. Los d'ábelští muži eran guerreros feroces y tenían tantas ganas de acabar con la guerra como ellas. Apenas quedaba un puñado de ellas cuando llegaron al patio exterior. Y las que quedaban no estaban en las mejores condiciones. Y el príncipe... Anisa se horrorizó al ver que tenía inutilizado un brazo, pero seguía dirigiendo al grupo que quedaba. Ese era su final.

De pronto, entre el entrecocar de metales y los gritos, Anisa pudo oír algo nuevo. ¿Podría ser? ¡Sí! Eran caballos. Aun a riesgo de recibir un golpe, se giró y vio un centenar de guerreros montados que se dirigían hacia ellos. ¡Estaban salvados!

Los recién llegados irrumpieron sobre la horda de d'ábelští muži que les acosaba. Anisa sintió un fuerte tirón sobre el brazo y se encontró montada sobre uno de los caballos.

—Parece que hemos llegado a tiempo. —Escuchó a una voz familiar. Era Nam, la mujer con la que había hablado en la cueva—. Me alegra verte entera, Anisa.

—¡Nam! —exclamó la želviana—. Gracias, aunque viéndoos a vosotras tampoco lo habéis tenido fácil.

Aunque la carga había sido efectiva, saltaba a la vista que la caballería también había sufrido en la batalla.

¿Cuánto hacía que habían penetrado en la muralla?

—Pensé que lo había visto todo en esta guerra —dijo Nam en un susurro—, pero hoy...

—¿Qué os ha pasado? —preguntó Anisa. Pero su amiga no pareció escuchar. Estaba reviviendo lo que había sucedido.

El escuadrón de Nam llevaba toda la batalla de un lado para otro. Cuando las armaron, la habían asignado a un pequeño grupo, encargado de proteger el patio interior. Sin embargo, pronto llegaron pidiendo jinetes para la caballería pesada. Al parecer, entre los soldados asignados, muy pocos sabían montar bien a caballo. «De qué se extrañarán. Ya nos hemos dado cuenta de que son unos negados gestionando los recursos que tienen», se dijo segundos antes de ofrecerse voluntaria. Su trabajo en el campo era imposible sin caballos, por lo que no fue la única en ofrecerse. Pronto se había formado un nutrido grupo de mujeres, a las cuales enviaron en dirección a las cuadras.

Allí formaron varios escuadrones cuya misión era reforzar las murallas exteriores. Y, en el caso de que estas cayesen, escoltar a los defensores que quedarán a las interiores o, en el peor de los casos..., defender el patio exterior hasta las últimas consecuencias. Tampoco tuvieron mucho tiempo para hacerse a la idea. Estaban terminando de armarse cuando les llegó el aviso de que el enemigo estaba cerca.

—¡A los caballos! —gritó un oficial—. ¡Rápido!

Se produjo un pequeño alboroto cuando todos intentaron montar en sus caballos a la vez, pero un nuevo grito de los oficiales puso orden. Con armaduras incompletas en la mayoría de los casos, unas seiscientas monturas y sus respectivos jinetes se dirigieron hacia las murallas. Nam, que solamente llevaba cubierto el pecho con una burda armadura de cuero y un casco, se encontró siguiendo a la anciana que había hablado en la cueva, y eso la tranquilizó.

Un nuevo alarido desde la muralla le informó de que la batalla había comenzado. La caballería se dividió en tres grupos que se dirigieron a las tres puertas de las murallas exteriores. A Nam le tocó ir a la puerta central. Allí todo se torció muy rápido. Los arqueros caían como moscas, desde la parte superior de la muralla. Y pronto enormes piedras empezaron a sobrevolar los muros y caer sobre el escuadrón de caballería. La primera línea de jinetes quedó completamente aplastada, y el resto se separó tratando de esquivar las rocas. Nam y la anciana se vieron envueltas en una

vorágine de maniobras. En aquel momento, no supo si era el caballo o la mujer que lo montaba. Nam pudo jurar que relinchó enloquecida en más de una ocasión. Fueron varios minutos muy intensos de los que no creyó salir viva.

De pronto, la ráfaga se detuvo, y oyó vítores en la parte superior de la muralla. Un mensajero se aproximó, a caballo, a gran velocidad.

—¡Están a las puertas! —gritó sin bajarse del caballo. Nam le reconoció. Era el príncipe. —. ¡Necesitan ayuda para evacuar al oeste!

Sin decir más palabras, se marchó, rumbo a la puerta este.

Lo que quedaba de la caballería se organizó, bajo las órdenes de la anciana, que Nam había descubierto que se llamaba Lúa. Dejaron a los defensores de la muralla retirándose. Cuando llegaron a la puerta oeste, apenas a diez kilómetros de allí, los d'ábelští muži habían arrasado la zona. Se lanzaron contra ellas. Montadas a caballo podían hacerles frente, y gracias a las lanzas que portaban no tuvieron muchos problemas en acabar con los hombres diablos para salir de allí. Una sensación familiar embargó a Nam; cada vez que atravesaba a uno de sus enemigos con la lanza, sentía que vengaba a su marido. Adoraba sentirse así.

—¡Retirada! —gritó Lúa.

—¡No! —contestó Nam—. ¡Aún quedan enemigos!

—¡Hay que cubrir la retirada de la puerta este! Están desbordados y son los únicos que quedan.

Nam iba a replicar, pero una nueva figura le hizo cambiar de opinión. Un humano apareció detrás de los d'ábelští muži cargado con una especie de tubo de cobre. Lo alzó apuntando a uno de los jinetes, y una explosión salió de él, vaporizando al jinete por completo.

—¡Vámonos! —coincidió.

Ya tendrían tiempo de ajustar cuentas con esos traidores. ¿Por qué tenían esas armas? Los diecinueve kilómetros que tuvieron que recorrer se sintieron como mil. Corrían huyendo de los hombres diablo y de la terrorífica arma que los humanos de su bando traían consigo. Mientras huían, Nam pudo sentir el calor de más jinetes desmaterializándose a su espalda. Por suerte, pudieron dejarles atrás gracias a sus caballos.

Llegaron a la puerta este justo a tiempo. Los pocos supervivientes estaban a punto de ser arrasados por los d'ábelští muži. Eran mujeres želví muži. Nam reconoció entre ellas a Anisa, la mujer tortuga de las cavernas. Y,

¿ese no era...?, ¡el príncipe!, parecía malherido.

—¡A ellos!

La caballería aplastó por completo la vanguardia de los diablos. Cada uno de los jinetes recogió a una arquera. Nam vio cómo Lúa recogió al príncipe, mientras ella cargaba con su amiga želviana.

—¡A las murallas interiores! —ordenó este entre dientes.

—¿Nam? —Escuchó a su espalda. Era Anisa, que se aferraba con fuerza a su espalda para no caer del caballo—. Yo también he visto cosas hoy.

La entendió. Juntas siguieron al resto de los caballos hacia el interior de las segundas murallas. Allí tendría lugar la última batalla.

Con gran estruendo, lo que quedaba de la caballería entró al patio interior. Allí no había llegado la guerra aún, pero el caos reinaba entre sus ocupantes. Los soldados asignados a su defensa corrían de un lado a otro, preparándolo todo.

—¡Tienen armas nuevas! —gritó una de las jinetes que cabalgaba por delante de Nam y Anisa.

—¡El príncipe está herido! —gritó otro—. ¡Traed a un médico!

—¡No! —cortó Bane—. Cauterizadme la herida, y traed comida y bebida. Hay heridos más graves que yo.

No se equivocaba. Los sanadores estaban desbordados. Más mujeres habían salido de la caverna a ayudar.

Nam desmontó y ayudó a Anisa a bajar del caballo. Tenía varios rasguños por todo el cuerpo, pero la coraza de las želví muži era muy dura. Aguantaría. Las peores heridas estaban en su alma.

—Aprovechad para descansar. Les llevará unas horas tomar las murallas del todo —ordenó una voz.

Nam y Anisa entraron juntas al castillo para buscar algo seco que ponerse. La lluvia que caía fuera apenas había molestado a la primera, pero la mujer tortuga estaba calada de pies a cabeza.

Nam retuvo a un pequeño mensajero.

—Muchacho, ¿dónde podemos encont...? —se interrumpió al ver el rostro del chico. ¡Era su hijo!—. ¡Kol! ¿Qué haces fuera de las cavernas?

—Necesitaban ayuda aquí arriba, me ofrecí voluntario para ayudar.

—¡Estoy peleando para salvarte!

—No le pasará nada —murmuró con voz suave Anisa. Mirando muy seria a la mujer humana, añadió—: os lo juro por el pequeño que me queda. Ahora, descansenmos. ¡Chico, guíanos!



Nam no estaba convencida, pero se dejó llevar por su hijo hasta una sala de descanso, donde, sin ni siquiera quitarse la armadura, se durmió.

Anisa se detuvo lo justo para quitarse las prendas mojadas y cayó al lado de la mujer humana.

Ninguna descansó bien, sus sueños estaban plagados de sangre, muerte y terror. Tras lo que les pareció unos minutos, un cuerno resonó por toda la fortaleza. Era hora. Nam se ajustó alguna correa de la armadura. Anisa se puso unas prendas secas, que habían aparecido mientras dormían. El resto de las ocupantes de sala reaccionaron de igual manera. Como si fuesen un ejército que había luchado en sintonía toda la vida, marcharon hasta el patio, donde se preparaba la última defensa. El príncipe Bane ya estaba en pie, dirigiendo las defensas, aunque su rostro mostraba una palidez extrema.

—¡A las armas! ¡Ya están aquí! —ordenaba—. ¡Humanos, al centro del patio! ¡Želví muži, a las almenas! ¡Mensajeros, preparaos! Seréis la comunicación entre una defensa y otra.

El grupo de mensajeros, entre los que estaba Kol, vestidos con una armadura ligera de cuero, estaba compuesto por muchachos y muchachas, jóvenes y ágiles que, con la inocencia de quien no conoce, estaban deseando ser parte de la guerra.

Nam y Anisa juntaron los brazos antes de separarse, sin decir ni una palabra. «Cuida de mi hijo», rogó Nam mentalmente; no sabía a quién.

Anisa se apostó esta vez en el centro de la muralla. El patio exterior estaba tomado por los d'ábelští muži. En la vanguardia se encontraban los humanos traidores, con extraños aparatos.

—Esas armas son las que acabaron con parte de la caballería —informó uno de los hombres tortuga—. ¡Estamos condenados!

Los hombres comenzaron a disparar sus extraños aparatos vaporizadores. Numerosos agujeros aparecieron en la muralla y algunos arqueros se vaporizaron. Se pusieron a cubierto, pero las armas traspasaban la piedra, por lo que ninguno estaba a salvo.

—Estamos muertos —susurró otra želviana. Y varios murmullos lo apoyaron.

—¡Solo si pensamos así! —intervino Anisa, que siguió elevando su tono de voz—. ¡Es hora de demostrarles que nuestro pueblo también puede luchar! Los humanos nos han protegido durante demasiado tiempo, es hora de devolverles el favor. ¡Por la gloria y la muerte!

Si disparamos a esos traidores, tendremos una oportunidad. ¡Apuntad y fuego! No importa qué nos pase mientras acabemos con la amenaza.

Se asomó y disparó. Sin esperar más ordenes, el resto de arqueros se sumó a su ofensiva. Pillaron al enemigo distraído, no pensaban que nadie fuese a exponerse de esa manera. Varios humanos cayeron. El olor del miedo surgió de los invasores. No tuvieron tiempo de reaccionar antes de que los arqueros želví muži masacraran a la fila de humanos armados y un par de líneas más de d'ábelští muži. Después comenzó el contrataque.

Los diablos comenzaron a disparar. No tenían las torres con las que habían asaltado la primera muralla. Pero sí escalas para subir las.

Por toda la muralla se repetía la misma escena. Los arqueros tortuga disparaban hacia las escalas e intentaban esquivar las flechas enemigas. Algún que otro humano había recogido las armas caídas y disparaba, pero eran abatidos rápidamente. Entre el sudor, el orín y la sangre, los mensajeros traían flechas para abastecerles, y volvían con novedades al patio. Eran un grupo de valientes que, una vez que el enemigo cayó en su valía, se convirtieron en objetivos. Anisa localizó al hijo de Nam, que se escabullía agazapado tras los cadáveres de varios compañeros. Estaba cubierto de sangre, aunque dudaba que fuese suya, ya que se movía con soltura. Se dirigía hacia él cuando un estruendo la detuvo.

—¡Intentan derribar las puertas! —dijo una voz.

—¡Van a entrar! —gritó otra.

Anisa corrió hasta Kol.

—¡Ve e informa! —ordenó—. ¡Sal de aquí!

—¡Estoy donde debo estar! —replicó el joven en una perfecta imitación de su madre—. ¡La caballería está preparada abajo!

Anisa se asomó y comprobó sus palabras. Estaban montados y preparados para cargar. Reconoció a Nam en las primeras líneas. ¿Iban a salir? Pero... Comprendió qué tenían que hacer.

—¡Apuntad al ariete! —ordenó, incorporándose—. ¡Derribadlo!

Los želví muži nunca habían sido fieros guerreros, pero sí tenían buena puntería. Un grupo se dedicó exclusivamente a disparar contra los d'ábelští muži que golpeaban las puertas, mientras el resto les cubría de los diablos que empezaban a entrar en las murallas.

—¡No dejéis de disparar! —susurrando, se dirigió a

Kol—. No te separes de mí.

En el patio los caballos resoplaban nerviosos. Los jinetes escuchaban la batalla que tenía lugar en las almenas. Nam movía el cuello de un lado al otro, tratando de localizar a su hijo, sin éxito. «Espero que estés bien, Kol». Las manos le picaban de impaciencia. ¡Cómo odiaba la maldita espera! No era la única. El resto de los jinetes se removían intranquilos, tratando de espantar los miedos que se atenazaban sobre ellos.

—¡Preparaos para cargar! —Era el príncipe Bane, que, pese a tener el brazo gravemente herido, había decidido unirse a la caballería. Su caballo y él se conocían tan bien que no necesitaba manos para guiarle, lo hacía con las rodillas.

—¿Cargar contra quién? —murmuraron los jinetes, desconcertados. Pero no tuvieron que esperar mucho para obtener respuesta.

—¡El ariete ha caído! —gritaron desde las murallas. Nam creyó reconocer la voz infantil de su hijo. ¿¡Estaba en ese infierno!?

—¡Abrid las puertas! —ordenó el príncipe mientras sonaba un nuevo cuerno—. ¡A la carga!

Los caballos se pusieron en marcha y salieron a tropel por la puerta, cargando contra unos desorganizados d'ábelští muži. Desde las murallas llovían flechas, y pronto el patio exterior se convirtió en un caos sangriento. Nam, armada con una lanza, ensartó a dos de los diablos antes de que esta se rompiera. Después, sacó la espada. En aquel momento, recordó lo que su marido solía decirle: «Si puedes levantar una azada, puedes con un espadón». Sacudió la cabeza y siguió peleando. Cortó una cabeza y después otra. Recibió un golpe en el brazo. A su espalda, algunos hombres diablos habían aprovechado las puertas abiertas para colarse en el interior, pero fueron recibidos por una oleada de flechas. Aún quedaban soldados en el interior. A su alrededor, el tiempo parecía haberse detenido; el olor a sangre, a sudor, a muerte invadía el ambiente. Había muchas luchas simultáneas. Una jinete embestía contra un diablo despistado. Otro caía de su montura, atravesado por una lanza. Nam golpeó a un nuevo enemigo y cayó de su montura cuando esta fue atravesada por varias flechas. Le tocaba correr hacia la fortaleza para no morir aplastada.

Anisa, en la muralla, volvía a sentir que una extraña fuerza controlaba su cuerpo. Hacía tiempo que había perdido el arco y peleaba con un hacha contra los d'ábelští muži que lograban llegar arriba. No eran

muchos; con la carga de la caballería, solo quedaban dos escalas, y pocos sobrevivían a la cortina de flechas y piedras que lanzaban desde arriba. Con un grito enarboló su hacha y la hundió en el pecho de un nuevo enemigo, lanzándolo desde la muralla. Después, entre varios, cortaron una de las escalas, que cayó. Ya solo les quedaba una.

Nam esquivó un cadáver que caía de lo alto: «Casi». Y aceleró el ritmo. Tenía que guarecerse dentro de las murallas, allí podría pelear en igualdad de condiciones. No notó ninguno de los golpes ni las flechas que iban clavándosele en la espalda. De pronto, un gigantesco d'ábelští muži se plantó ante ella. Su calzón negro tenía un pin enganchado. Debía ser un general de los hombres diablos. Este alzó un espadón sobre ella, dispuesto a partirla por la mitad. Nam logró interponer su espada en el último momento. Tras el d'ábelští muži se encontraba la puerta y su hijo. Tenía que llegar. Respiró hondo para tratar de agrupar las pocas fuerzas que la quedaban y atacó. El general d'ábelští muži también puso todo su empeño en acabar con Nam. Golpeaba muy fuerte y, tras parar un tercer golpe, Nam comprendió que tenía que acabar la pelea ya o caería ante el abrumador peso del hombre diablillo. Una piedra que cayó sobre la cabeza de su rival, desconcertándolo, le proporcionó una apertura. Con un aullido, se lanzó contra el d'ábelští muži y le atravesó el pecho. Después, saltó sobre el cadáver y corrió hacia el interior de la muralla, donde se desplomó.

Anisa trataba de cortar la última escala cuando captó por el rabillo del ojo a Kol. Estaba retrocediendo ante uno de los d'ábelští muži. Recordó la promesa que le había hecho a su madre y con un rugido se lanzó contra el diablo. Apuntó con el hacha a su cuello, pero la esquivó y contrató, golpeándola con su martillo de guerra de lleno en el pecho. El caparazón le crujió, se había partido. Pero Anisa no se rindió, y atacó a las rodillas del diablo, haciéndolo caer para luego decapitarlo. Después, se sentó: «Hasta aquí». Y cerró los ojos, inconsciente.

La batalla seguía su curso, y ninguno de los bandos parecía tener ventaja sobre el otro. Los d'ábelští muži eran más numerosos, pero habían perdido a los humanos que manejaban las armas que tantas ventajas les habían dado en batallas previas. Tampoco conocían el terreno y eran demasiado grandes para pelear en el interior de las murallas. La coalición de humanos y želví muži tenía la ventaja del escenario, pero eran

menos. La batalla se prolongó durante lo que parecieron horas. El ruido metálico de las espadas y el olor a quemado despertó poco a poco a Anisa. Seguía en la misma posición, sentada. La habían dado por muerta. En las almenas apenas quedaba nadie. Todos habían bajado a unirse a la batalla en el patio exterior. Le dolía el pecho muchísimo, no podía levantarse. No sabía qué estaba pasando.

Tras varios segundos, escuchó una voz.

—Creía que no te vería de nuevo. —Era Nam, pálida, cubierta de vendajes, pero sosteniendo una espada.

—Estás herida —murmuró Anisa—. No deberías estar aquí, es peligroso.

—La lucha solo sigue en el patio exterior. No quedan muchos con fuerzas para luchar —respondió—. Kol me ha contado cómo te han herido.

—¿Está bien?

—Sí. Gracias por salvarle. Está de nuevo en el interior con los mensajeros que han sobrevivido.

Anisa no tenía fuerzas para contestar. Nam se dio cuenta e hizo un ademán para levantarla y llevarla a un sanador. Un cuerno las interrumpió.

—¿Qué es eso? —preguntó la mujer tortuga con esfuerzo—. ¿Refuerzos del enemigo?

—No —contestó Nam escrutando el horizonte—. ¡Los nuestros! Los ejércitos aljan finalmente han llegado.

Anisa se levantó apoyándose en su amiga para contemplar la llegada de los refuerzos. Se sintió aliviada, ese día ya podría descansar. ¡Volvería a ver a su pequeño!

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó—. ¿Ha terminado la guerra?

Nam no respondió, no lo sabía. Después, giró la cabeza, alguien se había unido a ellas. Era el príncipe Bane.

—Los d'ábelští muži están en retirada, las tropas aljan les han asustado —informó. Tenía varias heridas, pero parecía en mejores condiciones que ambas—. Además, nuestra querida Nam se ha cargado a un general, y he oído que ha sido tu valor, Anisa, lo que ha impulsado a los arqueros a disparar a las nuevas armas.

La mujer tortuga contestó con un ademán de cabeza y, junto a Nam, comenzaron a descender de la muralla. Anisa estaba muy malherida, tenía el caparazón partido y se movía muy despacio.

—Alteza —insistió—, ¿qué va a pasar ahora?

—Ahora te va a ver un sanador, y luego comeréis y descansaréis junto a vuestras familias —respondió el príncipe—. Y, en unos días, seréis condecoradas por vuestras hazañas. Después, comenzaremos a reconstruir nuestros reinos.

Y los tres juntos abandonaron la muralla, dejando atrás la guerra. Amanecía.




4

RELATO CUATRO

**ORWIN  
LLAMADOR DE  
TORMENTAS**

JORDI NOGUERA



**JORDI NOGUERA** ES LICENCIADO EN PSICOLOGÍA. EN LA ACTUALIDAD TRABAJA COMO PROFESOR Y COORDINADOR DE ALUMNOS DE CAJA DE LETRAS Y SE ENCUENTRA INMERSO EN SU PRIMERA NOVELA. HA PARTICIPADO EN LAS ANTOLOGÍAS *DEJEN MORIR ANTES DE ENTRAR* (2014), *ÁCRONOS 3* (TYRANOSAURUS BOOKS, 2014) , *FACTORÍA DE AUTORES: FÁBRICA DE TALENTOS* (CARLINGA EDICIONES, 2015), *CUENTOS DESDE EL OTRO LADO* (EDITORIAL NEVSKY 2016) Y *ARS MÍTICA* (CARLINGA EDICIONES 2020).



¡HAZ CLIC EN LOS ICONOS PARA SEGUIR AL AUTOR DE ESTA HISTORIA EN REDES SOCIALES!

**A**da se detuvo al alcanzar la cima de la colina. Se tomó un instante para mirar alrededor y contemplar una vez más la agreste y serena belleza del *krast*, la interminable extensión de riscos, quebradas y picos que ni siquiera el tiempo o los elementos habían logrado suavizar. No era, sin embargo, una tierra yerma y baldía como decían algunos. La vegetación crecía en las depresiones donde el viento no podía arrastrar la tierra y se acumulaba el barro durante las torrenciales lluvias de otoño. El pasto era bueno y, si se sabía encontrar, la caza abundante. Aquel era su hogar, y lo amaba.

Le traía sin cuidado que la gente creyera que los clanes que vivían allí estuvieran condenados a extinguirse, igual que las viejas tradiciones que aún conservaban. En las ciudades despreciaban a los montaraces como si no fueran más que vagabundos inútiles que solo sabían ganarse la vida como correos o guías. Su respeto y su reconocimiento no eran lo que movía a Ada. Sabía que su pueblo declinaba y que pronto ya no serían suficientes para continuar con la tarea a la que se habían consagrado tanto tiempo atrás. Pero ese era el orden natural de las cosas, la muerte y el olvido terminaban por encontrarles a todos. Lo único importante era que ellos no habían olvidado y que, cuando el último montaraz muriera, lo haría sabiendo que jamás habían fallado en su cometido.

Con ese último pensamiento, Ada dejó que su mirada se desviara hacia los afilados contornos del pico de Eymal, que se alzaba majestuoso contra el cielo. Ya no era solo una forma recortada en el horizonte. Desde el lugar en el que se encontraba bastaría con descender la loma y seguir el sendero de la vieja calzada para llegar a la atalaya en ruinas que coronaba la montaña.

A lo largo de los siglos le habían dado tantos nombres, y se habían inventado tantas historias sobre aquel lugar, que habría sido fácil dejarse llevar por ellas y olvidar cuál era la verdad que tiempo atrás los protectores de los Nueve Reinos habían jurado mantener oculta y a salvo del mundo.

Pero los Nueve Reinos ya no existían. Las fronteras habían cambiado, aquella tierra se había unido bajo un único estandarte y, siglos después, se había desintegrado y dado a luz a otros países que apenas recordaban de dónde venían. Todo había cambiado, salvo la Orden de los Protectores. Desperdigados por el mundo, herederos de un secreto que jamás debía

ser revelado, los Protectores recordaban e impedían que otros lo hicieran.

Ya nadie conocía el nombre de la atalaya, quién la había erigido o con qué propósito, pero recordaban todavía su existencia y, de vez en cuando, alguien se dirigía a Eymal seducido por su llamada. Durante veinte años Ada se había asegurado de que ninguno de aquellos viajeros representara ningún peligro. Todos los que viajaban a Eymal lo hacían con una idea equivocada, y era su deber que volvieran a salvo a sus casas, con las manos vacías, decepcionados, pero dispuestos a contar que en las ruinas de la atalaya no había nada de valor o interés.

Unos pocos habían oído el nombre de Orwin Llamador de Tormentas y buscaban en la atalaya información sobre aquella figura mítica de la que solo quedaban vagas referencias en textos oscuros y crónicas prohibidas. Ada les vigilaba estrechamente y advertía a la Orden para que ellos se hicieran cargo una vez se hubieran alejado lo bastante de Eymal.

Durante veinte años aquello había sido suficiente, pero, con el hombre que se había acercado a ella tres días atrás, todo había sido distinto desde el principio.

Inquieta, Ada se giró para observarle. Subía por la ladera, unos quince o veinte metros por detrás de ella, encorvado y envuelto en una enorme y desgastada capa de cuero, con la capucha echada sobre el rostro. La primera impresión que había tenido de él era la de un vagabundo, un hombre grande y recio debilitado por la vejez y la enfermedad. Con el paso de las jornadas, sin embargo, Ada había empezado a vislumbrar fugazmente al depredador que acechaba bajo el disfraz. Le había guiado por los caminos más duros que conocía, a un paso que habría doblegado a hombres más jóvenes y sanos, y él la había seguido en silencio, siempre a la misma distancia, sin flaquear nunca o quedarse atrás.

Antes de partir de Calif, donde él la había contratado, había mandado un mensaje a los clanes. Ellos advertirían a la Orden y reunirían a los montaraces para emprender la marcha hacia Eymal. Pero, a medida que transcurrían los días, una sombra había ido creciendo en su corazón. Aquel hombre era mucho más que un fanático o un apóstata seducido por el mito de Orwin; era peligroso. Había confiado en que sus hermanos de clan llegarían para detener juntos al hombre, pero no se atrevía a acercarle más a Eymal. Debía enfrentarle y, por lo menos, retrasarle hasta que sus hermanos

llegaran y pudieran someterle.

—¿Ocurre algo? —El hombre se había detenido al ver que le observaba desde lo alto de la loma. Su voz era brusca y grave, casi gutural. Ada se dio cuenta de que sentía miedo. No tanto miedo a morir como miedo a fracasar. Era más que su honor y el de su clan lo que estaba en juego.

—Ya hemos llegado. —Se hizo a un lado y dirigió un gesto al hombre para que avanzara hasta ella—. Ese es el pico de Eymal.



Al ver que la montaraz no hacía ademán de emprender de nuevo la marcha, Enhol recorrió los últimos metros del camino. El contorno de Eymal fue alzándose sobre el horizonte a medida que la cresta resquebrajada de la loma descendía a su paso. Cuando alcanzó la cima se detuvo y dejó que sus ojos recorrieran aquel paisaje agreste, surcado de angulosas cicatrices y violentas escarpaduras. Eymal no era diferente a muchos otros picos que se alzaban por encima del desigual terreno, salvo por las ruinas que dormían en su cima, esperando pacientemente que alguien conocedor de sus secretos las despertara.

La Orden había dedicado mucho tiempo y esfuerzo para que la humanidad olvidara, pero la tierra, la roca y el cielo conservaban todavía el recuerdo de la batalla que se había librado en aquel lugar. Aún podía distinguirse la amplia zona al este, donde los batallones de altos magos habían bombardeado las fuerzas de los Nueve Reinos, haciendo caer sobre ellos una lluvia de fuego y piedra ardiente con sus hechizos de artillería. Al norte atisbó la cresta de granito tras la que la caballería de Bosque Sombrío se había guarecido y que los jinetes del trueno flanquearon, obligándolos a batirse en retirada y estando a punto de romper la formación circular que sus enemigos trataban de cerrar. Pero quedaban muy pocos y en aquella maniobra desesperada perecieron la mayoría de ellos. Inexorablemente, el cerco se había estrechando y pronto las legiones del viento lucharon en las laderas de Eymal, muriendo uno tras otro mientras intentaban contener el avance de la infantería de los Páramos.

Durante tres días el ejército de la tormenta luchó sin refuerzos, avituallamiento ni posibilidad de escapatoria. Las fuerzas de los Nueve Reinos se amasaron a su alrededor, dispuestos a sacrificar diez, cien, incluso mil hombres para abatir a uno solo de los defensores. Hasta que al final solo el propio Orwin y sus protectores

quedaron con vida, parapetados en la atalaya.

Como tantas otras veces, Enhol se preguntó qué habían sentido los hombres de los Nueve Reinos cuando vieron al hombre que llamaban el Llamador de Tormentas ser arrojado ante Valhen de Bosque Sombrío, líder de las huestes de los Nueve Reinos. Bajo sus leyes y su fe, Orwin había sido el peor monstruo que hubiera caminado sobre la faz de la tierra. Había arrasado países enteros, exterminado a cuantos se cruzaron en su camino y llevado el mundo entero hasta el borde mismo de la extinción, todo con el objetivo de erradicar el culto de Fhaldir y destruir la gema de Khadid, la piedra que representaba el compromiso de la humanidad con sus dioses y todo lo que había de honor y bondad en ellos.

Podía comprender que hubieran hecho todos los sacrificios imaginables para detenerle y que, en aquel momento, con la victoria al alcance de sus manos, se sintieran exultantes. Si solo hubieran estado en lo cierto y Orwin hubiera sido realmente el demente contra el que creían luchar...

Orwin permitió no solo que le ejecutaran, sino que sometieran su cuerpo y su alma a los más bárbaros rituales que conocían, arrojándole a un abismo de tormento y locura del que nada ni nadie podría sacarle jamás. Y lo hizo porque, incluso en aquellas horas oscuras y terribles, rodeado por fanáticos de un dogma retorcido y corrupto, sabía que entre ellos habría hombres buenos que sabrían distinguir en lo más profundo de su corazón lo que estaba bien de lo que estaba mal, y que ellos conservarían vivo el recuerdo de lo sucedido.

No se equivocó. Fueron pocos, pero durante setecientos años se mantuvieron ocultos de la Orden de Protectores, fundada con el único objetivo de borrar cualquier rastro de Orwin y de su lucha de la historia y la memoria. Susurraban el nombre del Llamador de Tormentas en oraciones que nadie más debía oír, en lugares oscuros y secretos, sabedores de que, tarde o temprano, su maestro regresaría.

Las señales fueron las que les pusieron por fin en movimiento, las mismas señales que tanto tiempo atrás llevaron a Orwin a traicionar todo en cuanto había creído hasta entonces. El Enemigo de todas las cosas proyectaba de nuevo su sombra sobre el mundo y, sin el poder y el conocimiento del que ya había logrado derrotarle una vez, no habría esperanza alguna. La humanidad estaría condenada.

—Él no fue como imaginas.



La voz rota de la montaraz le devolvió bruscamente a la realidad. Se giró rápidamente para enfrentarla, pero ella permanecía quieta en el mismo lugar desde el que le había indicado que habían alcanzado su destino.

—¿Quién? —preguntó mientras una sospecha helada iba creciendo en su mente. Debería haberlo sabido. Debería haber sabido que la Orden no dejaría la atalaya sin ninguna vigilancia. Ella esbozó una media sonrisa carente de todo humor.

—Orwin.



El hombre no reaccionó al oír el nombre, pero Ada ya había visto suficiente para comprender que las palabras no bastarían para mantenerle alejado de la atalaya. Ante sus ojos, el manto de ilusión y engaño con el que se envolvía se había ido desvaneciendo mientras contemplaba las ruinas y se perdía en su llamada, revelando un poder salvaje y contenido que aullaba en su interior, a punto de ser desatado como una tormenta.

—La historia que tú habrás estudiado dice que, tras su exilio de los Nueve Reinos, Orwin vagó durante años por el oeste, embarcado todavía en la misma búsqueda que le hizo ser primero aislado, luego temido y finalmente expulsado de su hogar.

Mientras hablaba, Ada fue abriendo una a una las puertas de su cuerpo. Lentamente la energía que la rodeaba, de la tierra, del aire, del sol y de las criaturas que vivían y crecían allí, empezó a fluir en su interior. No era como aquel hombre, no disponía de un poder propio que liberar a voluntad. Si él la atacaba antes de estar preparada, probablemente la mataría en el acto. Necesitaba tiempo.



*Orwin quería encontrar los límites de la magia. Deseaba demostrar que no existían barreras entre el bien y el mal, entre la humanidad y los dioses, que todo el poder y el conocimiento que se consideraban inalcanzables podían ser no solo controlados, sino poseídos por un solo hombre.*

*En esa búsqueda, Orwin se cruzó con una antigua profecía, un texto de una época remota que hablaba de alguien como él, de un hombre que llegaría huyendo de su propio pueblo, torturado por preguntas sin respuesta. Cuando este hombre hubiera llegado más lejos que cualquier otro, cuando estuviera a punto de atravesar todos los límites que definen la realidad, comprendería entonces que al otro lado no le esperaban dioses o luz, solo una eterna oscuridad y un hambre capaz*

*de devorarlo todo. El Enemigo, aquel cuya única existencia era la destrucción, se cernía sobre el mundo, y solo aquel hombre atormentado podría hacerle frente.*

*Orwin, sin embargo, no creyó de inmediato en esa profecía. La misma idea de que se pudiera vaticinar el futuro iba en contra de todo cuanto él creía, de la libertad absoluta que había estado persiguiendo durante años y por la que había hecho tantos sacrificios.*

*Pero la sombra del Enemigo se cernía sobre el mundo, y las señales de la profecía fueron cumpliéndose una tras otra. A medida que Orwin se debatía más y más contra ese papel para el que le habían elegido, con más fuerza se veía atraído por él.*

*Desesperado, trató de volver a los Nueve Reinos en busca del consejo y el consuelo de sus antiguos compañeros, pero el lugar al que llegó no se parecía en nada al hogar que había abandonado. Había un manto de tinieblas sobre la tierra, la gente hablaba en susurros y recelaba de todos, incluso de sus propios vecinos. Los caminos estaban plagados de bandidos y criminales. Y en boca de todos había un nombre, el causante de todas las desgracias que asolaban los Nueve Reinos; Orwin de Bosque Sombrío.*

*No llegó muy lejos. Los mismos a los que había ido a pedir consejo habían percibido su retorno y se unieron a las huestes de los Nueve Reinos para darle caza, dirigidas por Valhel, su propio hermano. Durante la salvaje cacería, acorralado por sus enemigos, Orwin recurrió a su poder y, alimentado por los conocimientos de la profecía, desató una tormenta de tal magnitud que partió la cordillera de Halstaff y anegó valles causando decenas de miles de muertes. Y en aquel momento en el que trascendió los límites de lo meramente humano, Orwin sintió realmente la presencia del Enemigo y comprendió que, si no era destruido antes de que pudiera proyectarse en el mundo, nada ni nadie podría detenerle.*

*Así se ganó el nombre de Llamador de Tormentas y bajo su estandarte reunió un ejército que masacró a millones, exterminó pueblos enteros, quemó hasta los cimientos civilizaciones cuyas raíces se remontaban a milenios y, solo cuando fue lo bastante fuerte y ya no quedaba nada más en el mundo que poder conquistar, volvió su vista hacia los Nueve Reinos y el templo de Faldhin.*

*Allí, en las bóvedas cristalinas, se mantenía oculta la gema de Khadid. La tradición de los Faldhin decía que aquella gema era un fragmento de la misma esencia*

del Creador, legada a la humanidad como un símbolo eterno de todo lo que había de bueno en ella. Según la profecía, aquella esquila cristalina provenía del Enemigo y no del Creador y era el vehículo por el que se proyectaría a nuestro mundo.

Pero Orwin, en lugar de destruirla, se proponía robarla. Por alguna razón dejó atrás el grueso de sus fuerzas y, liderando un pequeño ejército de hombres escogidos y entrenados por él mismo, penetraron en los Nueve Reinos y saquearon el templo de Faldhin. Estuvieron cerca, muy cerca, de lograr su objetivo y desaparecer antes de que las noticias llegaran a las guarniciones, pero el orgullo le cegó. No pudo reprimir el deseo de hacer saber a sus enemigos que había ganado. Llamó una tormenta tras otra para que alumbraran su camino y así las fuerzas de Valhel le encontraron. Le encontraron y le trajeron hasta aquí, porque así debía ser hecho. La profecía que Orwin había hallado en su momento más bajo, la que le convirtió en el hombre que cambiaría el mundo, no era la única que vaticinaba aquella guerra. Hubo otras, y en todas ellas no era un hombre torturado quien luchaba contra el enemigo, sino quien lo intentaba liberar. Un hombre nacido con un poder y una comprensión superior a la de cualquier ser humano, un hombre engendrado por la propia oscuridad, avatar y adalid del Enemigo. Esa es la razón por la que el alma de Orwin no pudo ser destruida por completo y fue necesario enviarla a un lugar del que no pudiera regresar.



A medida que hablaba, más y más energía penetraba en el interior de Ada. En lugar de intentar controlarla o utilizarla, la dejaba fluir, recorrer las líneas de su cuerpo hasta encontrar una salida natural. Sin ofrecer resistencia, se hundía más y más en la gran corriente que insuflaba vida a todas las cosas.

—Orwin regresará. Yo le haré regresar y junto a él lucharemos contra el enemigo que la Orden se niega a ver.

Las palabras del hombre eran tanto una ominosa profecía como una amenaza. No se había movido todavía de su sitio, ni hecho ningún gesto. Ada, sin embargo, dio un paso atrás. Luego otro, ganando espacio entre ambos. Cuando finalmente abrió su capa y tomó la empuñadura de la larga espada que llevaba al cinto, se sentía tranquila, en paz consigo misma. Aquello era lo que debía hacer. Con un gesto fluido, perfeccionado por años de entrenamiento y puesto en práctica miles

de veces, desenvainó su acero.

—No, no lo harás. No mientras a mí me queden fuerzas para impedirlo.

El hombre usó ambas manos para apartarse la capucha del rostro. Clavó en ella una mirada gris y fría como el mármol. Desde el cráneo rapado al cuello grueso y poderoso como el de un buey, cicatrices de heridas y tortura le surcaban la piel y acentuaban sus rasgos brutales, casi animalescos. Luego se quitó la capa al tiempo que se erguía, pasando de ser un anciano algo robusto a un gigante. Ada era una mujer más alta que la mayoría, pero aun así él la empequeñecía. Llevaba un grueso peto de placas, los brazos al descubierto y solo unos gastados pantalones de piel. La espada corta que había en su cintura parecía ridículamente pequeña en sus manos. De alguien como él habría esperado que blandiera un espadón o una enorme hacha. Entonces, mientras desenvainaba con premeditada lentitud, vio formarse en su mano libre una neblina de escarcha que nacía de entre los dedos y ascendía en jirones por su brazo como una bandada de furiosos murciélagos. Magia en una mano y acero en la otra. Ambas esgrimidas por un hombre que parecía tener la fuerza de una docena.

—Eso puede arreglarse.

Ada no vio venir el primer golpe. Un instante se encontraban a varios metros uno del otro y, al siguiente, le tenía encima descargando un golpe cruzado con la espada corta. Fue el instinto y no la habilidad lo que la salvó. Logró interponer su hoja en el último momento. Luego, incapaz de hacer más que prepararse para recibir el impacto, vio cómo la magia se arremolinaba en su mano libre. Cuando liberó el hechizo, un millar de resplandecientes esquirlas de hielo se abalanzaron sobre ella.

El mundo se volvió confuso. El vértigo contrajo sus entrañas y, ante sus ojos, en feroces ráfagas, el cielo y la tierra intercambiaban sus posiciones. Entonces llegó el dolor, el ardiente agujonazo de los incontables cortes producidos por las esquirlas, el palpitante latir de las contusiones al rodar sobre las afiladas piedras y, por encima de todo, la irradiada agonía que nacía de los huesos que se rompían impacto tras impacto.

Todavía rodando ladera abajo obligó a sus extremidades a estirarse y, mientras mantenía la espada alejada del cuerpo, buscó el contacto con el suelo, afianzó los pies y hundió los dedos de la mano libre en la tierra suelta y la roca desnuda hasta lograr detenerse.

El dolor y la furia hicieron que se sumergiera en la corriente sin estar preparada. El poder estuvo a punto de hacerla pedazos mientras intentaba dirigirlo contra su enemigo, hasta que el adiestramiento al que había dedicado toda su vida la obligó a relajarse, a dejarse llevar. El atronador rugido de la Corriente menguó, la furiosa gloria se desvaneció y por fin algo diferente empezó a llegar a sus sentidos. Un batir lejano, antiguo y primario como la misma creación. Aquel era el corazón del mundo, la esencia misma del Creador. Sabios y místicos habían pasado su vida tratando en vano de encontrar las palabras necesarias para describirlo. Ada era más sencilla que aquellos hombres y mujeres, su pueblo más viejo y primitivo. Tal vez por eso ella le había dado nombre desde el mismo instante que entró en contacto con la Corriente por primera vez. Aquel sonido perfecto de cuatro tiempos serían siempre tambores para ella. Tambores de guerra.

Abrió los ojos de nuevo y miró al hombre, que descendía por la ladera cargando hacia ella con todas sus fuerzas. Aferró la espada y, ahora sí, liberó el poder que latía en su interior. El combate no había hecho más que empezar.



Hacía mucho que Enhol había dejado de sentir ninguna emoción en el combate. Los días en que el frenesí de la violencia se apoderaba de él y la vida solo parecía real cuando desenvainaba la espada no eran ya más que un recuerdo lejano que se iba desdibujando tras las brumas de su memoria.

Diez años antes habría estado dispuesto a darle tiempo a la montaraz a recuperarse tras el primer ataque, ansioso por medirse con ella en la plenitud de sus fuerzas. Ahora lo que deseaba era terminar con aquello sin malgastar ni su tiempo ni su energía. Tener un objetivo en la vida le había enseñado aquella valiosa lección.

Antes de que la mujer dejara de rodar ladera abajo ya había empezado a correr hacia ella. Pensaba utilizar la ventaja de la altura y de haber dado el primer golpe para sentenciar el combate.

Le tomó un trecho coger la suficiente velocidad. Mientras, ella había logrado detenerse y trataba de ponerse en pie a pesar de las graves heridas que le había causado. Al distinguir el primer destello en sus ojos compendió que estaba intentado invocar su poder. Un latigazo de inquietud le espoleó para apretar el paso. Debía matarla antes que ella estuviera lista.

Con cada zancada que daba las placas de metal que reforzaban sus botas arrancaban una lluvia de chispas de la piedra desnuda. Conjuró de nuevo su magia. Saltó con todas sus fuerzas antes de llegar a la montaraz y, un segundo después, se precipitó sobre ella desatando la energía que había acumulado para liberarla en un único y brutal estallido contra el suelo. El impacto fracturó la ladera, creando un cráter de roca calcinada y proyectando fragmentos de piedra como si fueran metralla. Enhol no necesitó esperar a que el polvo se asentara para darse cuenta de que no había sido lo bastante rápido. La montaraz se había escabullido un instante antes de caer sobre ella.

El viento que soplabá incesante entre las colinas no tardó en despejar el aire a su alrededor. La vio en una loma cercana, aguardando. Sus ojos ya habían cambiado. En las cuencas vacías ardían ahora llamas de un profundo añil, cuya luz se retorció como humo, envolviendo su rostro en un tenue halo de índigo y violeta.

Enhol se había enfrentado antes a los guerreros arcanos de la Orden, capaces de absorber el poder natural del entorno para potenciar sus habilidades. Nunca habían sido combates fáciles y el precio de la victoria había sido siempre elevado. Sin embargo, luchar era su única alternativa. Nunca volvería a tener una oportunidad como aquella de llegar a la atalaya. No había dudado en ningún momento de que la montaraz tuviera relación con la Orden, de que informaría de su viaje en cuanto tuviera ocasión, pero no había creído que sería uno de sus perros guardianes. Ese error podía salirle muy caro.

La Orden había hecho oídos sordos a sus advertencias, se negaba a ver las señales del regreso del Adversario y se obcecaban en mantener sus rígidos dogmas aun cuando sabían que Orwin había sido mucho más de lo que ellos podían aspirar a comprender. Si su destino debía decidirse en el mismo lugar en el que el Llamador de Tormentas se sacrificara por la humanidad, que así fuera. Estaba preparado.

Como si le pudiera leer el pensamiento, la montaraz se puso en guardia, manteniendo la enorme espada baja y por detrás del cuerpo. El viento agitaba su capa, que había quedado hecha jirones por el ataque, y dejaba entrever la armadura ligera de cuero que llevaba perfectamente ajustada. El desgaste en los hombros y las piezas de los brazos indicaba que confiaba en desviar los golpes en lugar de evitarlos. No tenía miedo a resultar herida para penetrar en la

defensa de su oponente. Sería un rival formidable.

Se levantó y se dispuso a defenderse, conjurando su magia con la mano libre. Tres hechizos eran el número máximo que podía retener una vez preparados. Tres ataques antes de verse obligado a concentrarse de nuevo. Tendría que hacer valer cada uno de ellos si quería tener una oportunidad de derrotarla.

La neblina en su mano cambió, se volvió más densa y opaca. Enhol había viajado durante mucho tiempo y llegado muy lejos en busca de un modo de devolver el alma de Orwin al mundo. Había presenciado cosas maravillosas y terribles, algunas de las cuales no olvidaría aunque lo deseara. Una de ellas era esa magia, considerada maligna desde tiempos inmemoriales, una magia que no podía enseñarse o aprenderse; debía ser arrebatada por la fuerza.

Su mano había quedado ya envuelta en una masa informe de oscuridad por la que se retorcían jirones de luz carmesí. El dolor no se hizo esperar. Cada hechizo tomaba una fracción de su vida, tanto de su pasado como de su futuro, y lo sustituía por puro sufrimiento. Aquel era el precio por usar la magia de Sangre y Sombras. Y para traer de vuelta al salvador de la humanidad, lo pagaba gustoso.



Ada no había visto nunca una magia como la que el hombre estaba conjurando. Podía sentir retazos de nigromancia, de magia demoníaca e, incluso, un tenue aroma a la vieja hechicería de luz y sombra, pero aquello era algo diferente a todo lo que conocía.

De haber estado en su mano, no le habría dado tiempo a preparar aquellos hechizos. Incluso canalizando la energía de la Corriente, había necesitado tiempo para sanar las brutales heridas que le había causado y estabilizar el flujo de poder cuerpo para combatir de nuevo.

Esta vez, sin embargo, ella atacó primero. Corriendo con facilidad por la ladera de la colina y con su velocidad natural amplificadas por la energía que fluía por su interior, se abalanzó sobre él. La espada trazó un arco en el aire, dejando tras de sí una estela de llamas violetas. El hombre se hizo a un lado y contrató con un golpe rápido que buscaba su costado.

En lugar de esquivar o bloquear, Ada cargó con el hombro antes que la espada la alcanzara. Tuvo que usar toda su fuerza y, aun así, apenas logró desequilibrarlo cuando ese golpe habría bastado para derribar a cualquiera. Sin embargo, ya había contado con ello.

Siguió moviéndose con toda su fuerza, giró sobre sí misma y trazó con la espada un nuevo arco descendente que él logró esquivar por pelos. Sin detenerse ni perder el ritmo, plantó un pie por delante, dio un violento quiebro e invirtió el movimiento de la espada cuando esta rozaba el suelo, cogiéndolo totalmente desprevenido.

El golpe le habría partido por la mitad si no hubiera alzado la mano libre e invocado un gigantesco proyectil de metal que surgió del suelo de piedra directo a su pecho.

Interpuso la espada y logró desviarlo a tiempo para ver que decenas de aquellas cosas atravesaban las raíces de roca de las colinas y se lanzaban a por ella. Dejó que el poder fluyera hacia la espada. El intrincado patrón rúnico de la hoja, normalmente oculto, se iluminó con un fulgor azulado.

Cuando interceptó la siguiente lanza, en lugar de desviarla, su espada la hizo pedazos que salpicaron el suelo y humearon en contacto con la piedra. Ácido. Ácido y metal. Ada jamás había visto nada igual.

No esperó que el resto de proyectiles cayeran sobre ella. Saltando de un lado a otro, impulsada por el poder de la Corriente, empezó a moverse por la ladera mientras él retrocedía e intentaba acumular un nuevo conjuro para reponer el que acababa de lanzar.

Bajó la espada mientras corría. Las runas titilaron y de ellas surgieron una docena de diminutas agujas de luz. Surcaron el espacio entre ambos a gran velocidad, siguiendo caprichosas trayectorias curvas para hacerlas más difíciles de esquivar.

Lanzar el hechizo, sin embargo, había supuesto un riesgo. Ada sintió una lanza de metal incrustándose en el suelo apenas unos metros tras ella. Sabía que, si no se concentraba en defenderse, tarde o temprano una de las lanzas la alcanzaría. El hombre había tenido que interrumpir su concentración para evitar los pequeños proyectiles; tenía una oportunidad. Dio un nuevo quiebro y se lanzó hacia él acelerando su movimiento al máximo.

El poder la inundó y durante un glorioso instante fue solo una estela de luz y llamas. La espada centelleó en sus manos en un nuevo arco, mucho más corto y pronunciado.

El hombre pudo interponer su espada en el último momento, que se hizo añicos por la violencia del impacto, pero logró desviar el golpe y, en lugar de alcanzar su corazón, cortó el costado y le abrió un

profundo tajo en su muslo.

Sin darle tiempo a recuperarse, Ada hizo girar la espada en sus manos y lanzó un golpe plano al cuello para decapitarle.

La sangre del hombre, que manaba furiosamente de ambas heridas, cobró vida. Se alzó ante ella como una enorme ola carmesí y la envolvió en un abrazo húmedo y pegajoso.

Antes de poder reaccionar sintió la primera lanza alcanzándola en un brazo. Incapaz de moverse, supo que las siguientes la ensartarían sin ninguna duda. Tomó aire y desató un brutal estallido de energía. La onda expansiva lanzó al hombre por los aires y desintegró el resto de lanzas antes de que cayeran sobre ella.

Jadeando por el esfuerzo y forcejeando todavía con la sangre que se mantenía pegada a ella como resina, cayó de rodillas al suelo. Se tuvo que obligar a abrir los ojos y mirar alrededor. El hombre había estado a su lado cuando había lanzado la nova. A esa distancia, por fuerte que fuera, el ataque debería haberle herido de gravedad.

Se levantó de nuevo, apoyada en la espada. Le dolía todo el cuerpo y el brazo donde la lanza de metal la había herido le ardía. El ácido había penetrado en su sangre y pronto empezaría corroerla por dentro. Mantener el contacto con la Corriente tal vez la ayudaría a combatirlo, pero ya había usado demasiado poder y le costaba seguir encauzando.

Entonces le vio. Todavía de pie, con el brazo con el que hacía magia apretándose el costado. Ya no sangraba y todas sus heridas parecían cerradas, pero por su gesto comprendió que esta vez le había hecho daño. Mucho daño.

Aferró la espada. Debilitarle no era suficiente; debía acabar con él antes de que se recuperara. Debía impedirle seguir adelante con su demencial plan de traer el alma del Llamador de Tormentas de vuelta al mundo. Él vio su resolución. Se llevó una mano a la espalda y desenvainó un cuchillo de hoja ancha y curva.

Cerró los ojos. Necesitaba estar segura de que moriría y temía no ser capaz de lograrlo solo con su fuerza. Respiró hondo y susurró una única palabra. La Orden había aprendido mucho de Orwin, había tenido que hacerlo para tener una oportunidad de derrotarle. Ese hechizo, tan simple y a la vez inmensamente poderoso, había sido la respuesta a las tormentas que Orwin llamaba a voluntad.

Ada sintió el tiró de las fuerzas del mundo cambiando a su alrededor. Durante un segundo el batir dentro de ella, que ocupaba toda su mente, perdió el ritmo. Entonces arriba, muy arriba, en algún lugar más allá del mundo que conocía, una estrella se apagó y empezó a caer.

Corrió hacia el hombre, que se puso en guardia para recibirla. Usó la hoja del cuchillo para desviar un golpe, luego otro y luego otro, pero perdía terreno y ella usaba la longitud de su arma para mantener una distancia segura.

Hasta que el hombre encontró un hueco para contratacar. Fue un movimiento rápido y explosivo, una única estocada directa al corazón. Usó el brazo herido para desviar el golpe y, en lugar de retroceder o hacerse a un lado, avanzó girando sobre sí misma, pegada al cuerpo de él. Le ganó la espalda y, durante un segundo, tuvo el ángulo perfecto para hundirle la hoja en el corazón.

La espada, sin embargo, solo hendió un espectro de sombras que se deslizó a su alrededor. Vio el destello de la hoja del cuchillo un instante antes de que se clavara en su vientre a través del cuero endurecido de su armadura. Sintió el metal penetrando en su carne, cortando y perforando mientras se abría paso. El dolor fue tan intenso que se quedó sin respiración y el mundo se oscureció.

Las piernas le fallaron y se encontró aferrándose a aquel hombre contra el que había estado luchando para no caer al suelo. Él, con expresión serena, la ayudó a sentarse.

Se sentía ligera, casi como si flotara, mientras su vida escapaba por la herida. No tenía miedo. El poder se encrespó en su interior y el eterno batir de los tambores se ensanchó hasta dominarlo todo. La tierra empezó a temblar y un aullido que parecía provenir de más allá de los límites y las dimensiones del universo hendió el aire. El cielo se abrió y una violeta estrella incandescente se precipitó hacia ellos desde la inmensidad.

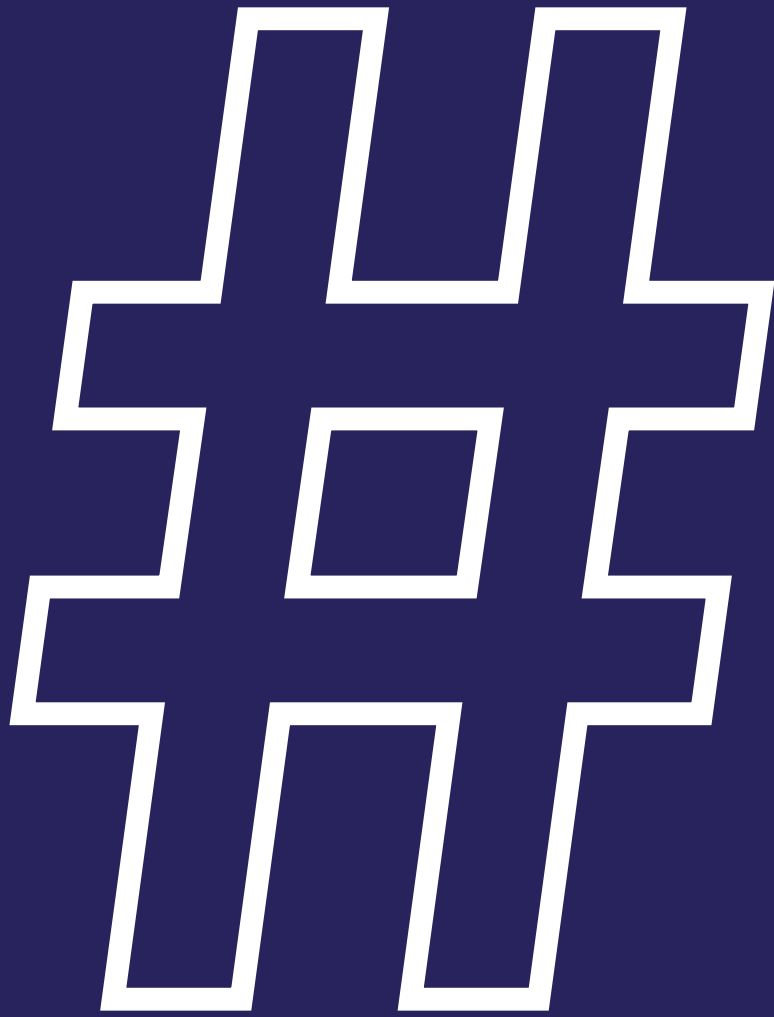
Abrió los ojos y miró al hombre. Vio en él la comprensión y el desesperado impulso de huir. El abrazo se convirtió en una presa que él trató torpemente de romper. Pero era demasiado tarde.

Solo percibió el destello de un millar de soles estallando, un fugaz instante dolor y, entonces, todo acabó.

ENTREVISTA PRISMA

# ENTREVISTA

A LA TERCERA FUNDACIÓN







**P**risma sigue apostando por dar a conocer aquellos proyectos, visiones y gentes que consideramos que forman parte y dan variedad al gran ecosistema de la literatura de género en España. Tenemos, siempre, una gran debilidad por aquellos proyectos que se desarrollan entre un gran número de colaboradores y que aportan valor a la comunidad con su trabajo.

En este número, nos alegramos de contar con las voces de unos auténticos veteranos de este modo de trabajo: el equipo de La Tercera Fundación.

**Empecemos por el principio, ¿qué podéis decirnos de La Tercera Fundación? ¿Cuáles son sus objetivos? ¿Cómo y cuándo nació?**

A principios de los 2000, existía un portal web dedicado a la literatura fantástica llamado Cyberdark, que consiguió agrupar a buena parte del fandom de aquel entonces. Este portal mantenía artículos, foros y una base de datos, en principio, pequeña, de publicaciones en español que fue aumentando con el tiempo. Cuando, en 2005, el portal se cerró y se reconvirtió en una conocida librería online, algunos de los usuarios nos organizamos para mantener y ampliar la base de datos.

**Vuestra página se ha vuelto todo un referente en lo que se refiere a publicaciones de género en España. ¿Por qué es tan importante vuestra labor en el ámbito del género fantástico?**

Más que nada, contiene una gran cantidad de información. Se puede conocer cuándo se ha publicado un determinado libro, relato o artículo; dónde (si se encuentra actualmente descatalogado); si algún contenido se repite en distintas publicaciones o si aparece en una sola, etc.

Para los editores, sirve de orientación sobre qué publicar, y alguno utiliza la página para consultar su propio catálogo, por lo que nos han comentado. Los lectores

la usan para conocer lecturas similares a sus gustos o controlar su propia biblioteca. Y, para los investigadores, saber a qué revistas o libros pueden recurrir para su trabajo.

**Estáis vinculados a una asociación llamada Los Conseguidores, o eso pone en vuestra página. ¿Quiénes son Los Conseguidores? ¿Por qué una asociación?**

La asociación nace para dar continuidad al proyecto. Los proyectos creados por una o dos personas tienden a desaparecer cuando los creadores se cansan o no pueden seguir con ellos. Al crearse la asociación, es más difícil que ocurra esto: las personas vienen y van, pero la organización se mantiene. También, de esta manera, se pueden organizar proyectos paralelos relacionados.

**¿Pueden nuestros lectores colaborar con vosotros de alguna manera?**

A través de los foros de la página, o bien en el correo electrónico (bibliotecatercerafundacion@gmail.com). Pueden hacernos llegar información sobre nuevas publicaciones, ampliaciones de datos y correcciones de los errores que puedan encontrar.

**En todos los años que lleváis trabajando, ¿cuáles han sido los mayores cambios que habéis visto en la comunidad del fantástico español? ¿Qué echáis de menos de la época en la que comenzasteis a trabajar? ¿De qué cambios os alegráis más? ¿Cómo evaluáis el estado del sector en este momento?**

Estos años hemos visto cómo la afición se unía y organizaba, cómo se creaban nuevas editoriales y cómo aparecían eventos como el Celsius, el Golem Fest o el Festival de Fantasía de Fuenlabrada. Y, aunque algunos no sobrevivan, la evolución ha sido bastante favorable.

En cuanto a nuestra página, Internet ha evolucionado mucho durante estos años, y han aumentado los recursos para consultar información. Se echa algo de menos cuando había pocas publicaciones y no nos veíamos sobrepasados por la cantidad, tanto a la hora de elegir lectura como a la de catalogar, pero alguna desventaja tenía que haber.

**Con la experiencia que tenéis a vuestras espaldas, ¿cómo creéis que cambiará el género y la comunidad de lectores de este en el futuro? ¿Cuáles son las tendencias de evolución?**

Difícil cuestión. Estos años hemos visto aumentar el gusto de la gente por la fantasía, ya sea juvenil o adulta, y por algunos subgéneros de la ciencia ficción (distopías, historias apocalípticas, steampunk). Seguramente, acabarán siendo desplazados y sustituidos por otros, pero, mientras tanto, disfrutemos de ellos.

**¿Cuáles creéis que son los principales retos para el sector del fantástico en nuestro país?**

Para las editoriales, la promoción de libros de género. Actualmente, se publica mucho, pero, por desgracia, la mayor parte en forma de mini o microediciones. Se deberían aumentar las ventas para permitir una mejor profesionalización de los escritores.

**En los últimos diez años, habéis conseguido varios premios Ignotus a mejor sitio web y un reconocimiento específico de TerBi. ¿Qué ha significado esto para vosotros?**

Un premio siempre es un apoyo, anima mucho que se reconozca nuestra actividad. No obstante, con o sin premios, habríamos seguido haciendo el mismo trabajo.

**¿Cuáles son vuestros objetivos para el futuro?**

Está próxima la publicación por parte de Pórtico-AEFCFT de la antología Fabricantes de sueños, seleccionada por varios miembros del equipo de La Tercera Fundación. Al margen de eso, la intención es seguir ampliando la base de datos. Últimamente, estamos prestando más atención a publicaciones en Hispanoamérica, donde teníamos bastantes huecos, así como a las ediciones españolas del siglo XIX y principios del XX. Esto ha sido así gracias a la incorporación al equipo de Andrés Corona, por un lado, y Alberto López Aroca, por otro; dos verdaderos expertos. Más allá, ya veremos.

**No querríamos terminar sin pedir un consejo para los jóvenes y no tan jóvenes lectores de los géneros del fantástico, ¿qué les recomendaríais, como lectores veteranos y como parte activa de la comunidad?**

Que lean todo tipo de literatura, sin prejuicios. Pero que no abandonen la costumbre de leer.



# PRÓXIMA ENTREGA

**¿Quieres escribir en la revista?  
¡Te esperamos!**

**Permanece atento a nuestras  
redes sociales para la apertura de la  
recepción de manuscritos.**

**Estamos deseando descubrirte.**



**¡HAZ CLIC EN LOS ICONOS PARA SEGUIRNOS EN REDES SOCIALES!**